


UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

ISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EN LA SOLEMNE APERTURA

del Curso Académico de 1906 a 1907

por el Doctor

D. EMILIO ROMAN Y RETUERTO

Catedrático numerario de Geometría Analítica



SALAMANCA:

Est. tip. de Almaráz y Compañía
Zamora, núm. 19

1906



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CRÉDITOS SALES

Discurso de apertura

1906 á 1907



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EN LA SOLEMNE APERTURA

del Curso Académico de 1906 a 1907

por el Doctor

D. EMILIO ROMAN Y RETUERTO

Catedrático numerario de Geometría Analítica



SALAMANCA:
Est. tip. de Almaráz y Compañía
Zamora, núm. 19

1906

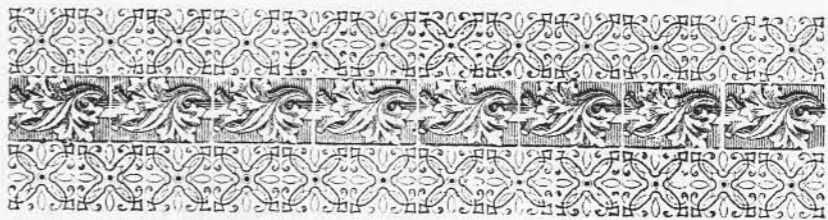


UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Discurso

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EL MUNDO ROMAN Y RETORICO



Excmo. Sr.:

CUANTOS se preocupan de las manifestaciones del espíritu humano, han podido observar que, en nuestros tiempos, esas manifestaciones son numerosas; pero ligeras, superficiales, absurdas y contradictorias. Se niega lo evidente; principios admitidos por todos los pueblos, con inclusión de los bárbaros y salvajes, son puestos en tela de juicio; y, lo que es inconcebible, en una misma obra llegan a defenderse consecuencias repugnantes entre sí y principios inconciliables: ¡todo ello en nombre de la ciencia! Diríase que se ha perdido el sentimiento de lo verdadero y de lo bueno. Hoy no sólo no se admite, sino que se



ataca duramente «el testimonio y la integridad de la conciencia humana, el libre albedrío, el valor ontológico y sustancial del derecho, la fuerza imperatoria del criterio moral, la posibilidad y la realidad de la metafísica, lo ideal en el arte y todas las intimidades, pompas y esplendores de la vida del espíritu, asentada sobre la roca incommovible de las nociones primeras» (1)

La humanidad anda como sumergida en un medio obscuro, etéreo, cual el que rodea nuestra atmósfera, entrecruzado por infinidad de rayos luminosos, procedentes de distintos focos, que siguen su trayectoria rectilínea por falta de puntos en que reflejarse; los espíritus se agitan en busca de la luz, y sólo de vez en cuando, y como por casualidad, aciertan á colocarse en la trayectoria de uno de esos rayos que entonces pueden proyectar: cuando todos los rayos así encontrados son dirigidos en la misma dirección, se consigue la luz obtenida por el progreso de las ciencias. Mas hoy los espíritus caminan al azar, sin orden ni concierto; al encontrar los rayos luminosos, cada cual los dirige según su capricho y no faltan quienes los quiebran como si interpusieran un prisma: el resultado que se obtiene, es una gran confusión, por falta de claridad y por cambio de los focos reales en virtuales.

Augusto Comte, el gran pontífice del positivismo, se lamentaba ya de «la profunda división que reina entre los espíritus, con relación á todas las verdades fundamentales,» y calificaba esta división de «anarquía intelectual,» (2)

¿Cómo calificaremos nosotros «la profunda división de los espíritus,» que hoy existe, no ya «con rela-

(1) Menéndez y Pelayo, *Estudios de Crítica literaria*, Madrid, 1884, p. 78.

(2) *Cours de philos. pos.*, primera edición, T. I., p. 48.

ción á todas las verdades fundamentales,» á que Comte se refería, sino con relación á todo lo que es verdadero y á todo lo que es bueno?

Ya no es profunda división, es disgregación completa; ya se recomienda trabajar, desechando toda dirección; ya se considera el colmo del progreso, *el pensar, aunque se piense mal*; ya el orden intelectual es víctima de un loco frenesí y de un rabioso delirio.

Pero no sólo aparecen vacilantes y muy oscurecidos el instinto de lo verdadero y el instinto de lo bueno, sino que, para mayor confusión, se ha perdido también el de lo bello. Sin filiación las ideas, el arte del día, cuando persigue algún fin, se fija sólo en lo individual, lo particular, lo accidental, lo variable; el criterio artístico ha descendido hasta ser considerado como un juego, en un principio serio y después ligero é insignificante, sin que falten quienes le consideran un engaño.

Situación es esta que, de prolongarse mucho, amenaza llevarnos á una confusión mayor que la de Babel, á la confusión de las inteligencias.

Si se tiene en cuenta que la juventud estudiosa viene á las aulas con el espíritu abierto á todas las influencias, sin medios para discernir lo verdadero de lo falso, fácil es calcular el grave peligro á que está expuesta en este ambiente de culpable impotencia intelectual, que hoy admite como verdad lo que ayer tenía como error y que llega á considerar á la vez como verdaderas cosas contradictorias; ambiente que ¡triste es confesarlo! va invadiendo la misma Universidad, donde acude en busca de luz que ilumine su inteligencia.

Por eso yo me creo obligado, en esta ocasión solemne, á aportar mi débil concurso á la fructífera labor de los que se ejercitan en aclarar una situación



que tantos estragos está causando en el orden especulativo, como causa y ha de causar todavía en el orden práctico. El asunto no es de los que pueden desarrollarse en los estrechos límites de que me es dado disponer, ni mis fuerzas bastarían para terminar una empresa de tal magnitud. Sin embargo, hasta donde los unos me permitan y las otras alcancen, voy á hablaros del *desequilibrio mental contemporáneo y sus causas*. Punto es este no exento de cierta peligrosa dificultad para un cultivador habitual de la filosofía ¿cuál no será la que presente para el que, como yo, profesa el estudio de las matemáticas? Esta ciencia vive, bajo la autoridad de la razón, en una región inundada de claridad tan viva, que hace imposible la vida del error; ¿qué extraño es que el morador de estas regiones, al pasar á otros dominios del saber, se llene de admiración y asombro al contemplar el contraste que con sus propias claridades le ofrecen la obscuridad y el desorden que en ellos reinan? Precisamente este contraste es el que, excitando vivamente mi curiosidad, me ha movido, más bien que á exponer, á pensar y discurrir con vosotros en una materia que, aunque notoriamente superior á mis fuerzas, entiendo que puede interesaros, por no encerrarse en los límites de una Facultad; antes bien, trascendiendo á todas, á todos nos ofrece una utilidad común y un vínculo atractivo de colaboración científica en estos amplios temas, más adecuados, sin duda, á la naturaleza y caracteres de solemnidades universitarias como la presente.

I.

Si emprendemos una rápida excursión por el campo de las ciencias, fácilmente nos haremos cargo de la situación de la humanidad en el orden intelectual.

No hab'aremos de la anarquía reinante en el terreno de la Metafísica; porque estos estudios se hallan deserrados de nuestros establecimientos de enseñanza y en general de la ciencia moderna. En los dos siglos anteriores pasó rápidamente la Metafísica por todos los sistemas y todas las soluciones imaginables de los problemas referentes á la vida. Fué sensualista con Locke y escéptica con Hume: fué crítica con Kant y panteísta con Fichte: fué objetivista con Schelling é idealista con Hegell: fué pesimista con Schopenhauer y ecléctica con Cousin. El mismo panteísmo idealista de Hegell se fraccionó en infinidad de sistemas: de él derivan el panteísmo histórico, el panteísmo místico y el panteísmo del progreso con sus dos escuelas, la socialista y la unitaria. Cansados ya los sabios modernos de tantas posturas, viéndola con sus variaciones y sus escuelas, semejante á una rueda de molino que se mueve con movimiento vertiginoso sobre sí misma, pero sin dar un paso hacia adelante, acabaron, en el último tercio del siglo XIX, por reconocer su incapacidad para fundamentar nada cierto, nada absoluto, nada estable,



declarándola en completa bancarrota, por no poder servir de guía más á la humanidad, ni en el terreno político, ni en el religioso, ni en el de la poesía, ni en el de la historia.

La bancarrota de la Filosofía fué como el grito de *sálvese el que pueda*, en el terreno de las otras ciencias, y desde aquel momento, las tinieblas, el error, el absurdo se arrojaron sobre la pobre inteligencia humana, que no da un paso en la investigación de la verdad, que no sea una caída lamentable. De esto nos persuadiremos, continuando nuestra excursión.

Comenzando, pues, por las ciencias matemáticas y las que con ellas se relacionan, las cuales, por su carácter, han sido siempre las que menos se han prestado al error, veremos desde luego en ellas tendencias anárquicas.

No nos ocuparemos de los que creen haber hallado la demostración del postulado de Euclides, la cuadratura del círculo ó un medio para conseguir el movimiento continuo, alguno de ellos queriendo hacer aplicación de una ley universal (1), porque desconocen la naturaleza de las cuestiones que creen haber resuelto. También un desconocimiento del asunto ha permitido á alguno figurarse que había hallado la fórmula matemática de la vida (2). En el mismo caso están los cultivadores de la Psico-física; partiendo de hechos ex-

(1) «Existe una Ley universal, la más imperiosa de las leyes que subyugan al universo. Todo el objeto de este libro puede aducirse en una sola frase. *Dar una interpretación geométrica de esa ley universal.*» José Fola Igúrbide, *La nueva ciencia geométrica*, 1897, p. 62.

(2) Aun suponiendo, como hace Letamendi, lo que no puede suponerse, que la vida V es la resultante de lo que llama energía cósmica C y energía individual I , no sería $V=I+C$; puesto que procede como si no existieran más funciones que la adición, sustracción, multiplicación y división. *Patología general*, 1883, t. I. p. 177.

perimentales tratan de medir nuestras sensaciones; y no se han limitado á consignar sus experimentos, sino que Wundt, Weber y Fechner han expresado los resultados de sus observaciones por medio de leyes matemáticas, que pretenden sean la expresión de las relaciones entre el alma y el cuerpo; no habiendo conseguido con ellas otra cosa que demostrar desconocen el concepto de proporcionalidad y el de función matemática (1). ¿Y qué diremos de los que han creído hallar la ciencia transcendental, concibiéndola "tal como la matemática,, , proponiéndose transformar "la tierra en cielo,, por medio de esa "ciencia única,, con "sus cuatro caras, económica, política, jurídica y ética; y poniéndola por cruz y remate la Teodicea?,, (2).

Los rudos embates que en estos últimos tiempos han sufrido los postulados que sirven de base á la Mecánica racional, á nuestro modo de ver, proceden del afán de partir únicamente de hechos de experiencia, tratando así de reducirla á una ciencia de observación. Se considera inaceptable la acción á distancia (entiéndase en el sentido aceptado por la Mecánica), hipotéticas las fuerzas centrales, y un convencionalismo el principio de inercia. Entonces la Estática nos presentará dibujos cuya aplicación quedará reducida á la parte estética; y la Dinámica, al proporcionarnos sus ecuaciones generales, no nos dará más que puros símbolos alge-

(1) Según Fechner, la intensidad de la sensación es proporcional al logaritmo de la excitación. Se olvida que la sensación es función empírica, no analítica, de la excitación y de otras magnitudes que no considera; mientras no se demuestre que es una función logarítmica, carece de sentido esa ley. Puede verse un notable discurso de D. Francisco Iñiguez, publicado por la «Revue des questions scientifiques», Bruselas, 20 Julio 1887, p. 182.

(2) *Principios de Genética*, Juan Bixia Iler y Solana, Madrid, 1884.



bráicos en los que podrá admirarse cierta simetría de forma y nada más.

Obsérvese que no se trata de crítica ligera, ejercida por "malhumorados," sino, como dice Echegaray, por "los que han alcanzado mayores triunfos en las Matemáticas puras, en la Mecánica y en la Física-Matemática.,."

Sin Mecánica, la Astronomía, la ciencia de observación mejor constituida, la que permitió al ciego Le Verrier ver con los ojos de la inteligencia al planeta Neptuno: la ciencia por la cual pudo el insigne Oppolzer consignar las curvas cinemático-analíticas de ocho mil eclipses, queda sin base. La Física matemática, análoga á la Astronomía por su constitución, que, al descubrir la refracción cónica de Hamilton, parecía anunciarnos, según frase del mismo Echegaray, "la imposición de la Geometría analítica á la naturaleza," está en crisis (1). La Química que, en virtud de varios trabajos tales como las notables teorías de Gibbs, pretendía tomar parte en el hermoso concierto de las ciencias sometidas á la Mecánica, debe renunciar á sus deseos.

Y ¿qué más? Hasta á las mismas Ciencias Matemáticas se ha querido llevar la base de la experiencia, pretendiendo que la idea de continuidad participe más del carácter sensible que del inteligible. Las Geometrías de Lobatchesky y Riemann contribuyen en aquellos que quieren darles realidad, á obscurecer la idea de extensión. Examinando la cuestión á fondo, se puede ver cómo los mismos razonamientos empleados, y que

(1) «Llegamos, pues, á la crisis de la Física-matemática, como hoy en el mundo civilizado se llega á otras muchas crisis; que estamos en verdad en período bien crítico. *Discurso de apertura.* D. José Echegaray, p. 18.

parecen obscurecer esta idea, vienen á demostrar su carácter de inteligible, el cual conservará, á pesar de todas las nuevas geometrías, estén ó no incluidas en el teorema de M. Sophus Lie. Aquí debemos fijarnos en los que dan realidad á un espacio de más de tres dimensiones, que utilizan para cavilar, como Zoellner con su anillo, y los que creen posibles acciones en nuestro espacio por manejos invisibles en una cuarta dimensión. El prurito de analizar lleva á decir, con Stuart-Mill, que en Matemáticas toda definición exige un axioma, ó con Poincaré, que parece una contradicción insoluble la existencia de las Matemáticas.

Una crítica razonable y sin prejuicios es siempre conveniente, y ayuda á fijar mejor ciertos conceptos; pero la crítica que de un modo ciego, ó con la vista fija en un solo punto, ataca en todas direcciones, tiene que ser perjudicial; y aquí parece que pretende conducir al escepticismo (1). En estas ciencias, sin embargo, hay la ventaja de que los errores que se cometan, no han de tener transcendencia para la práctica, pues como dice magistralmente Balmes, "podemos cometer error confundiendo las ideas con las representaciones sensibles; pero es al reflexionar sobre ellas, no al servirnos de ellas.,"

A la Geología, ya desde su nacimiento, se trató de esgrimirla como arma ofensiva contra la tradición bíblica; y allí donde los datos de la ciencia no satisfacen la pasión interesada, viene la mala fe que, valiéndose de la imaginación, da como resultados científicos

(1) «La nueva aristocracia del saber, al renunciar á sus privilegios de certeza y de rigor matemático, temo yo que acabe provocando, no derramamiento de sangre, pero sí una explosión de escepticismo, que también sería triste desenlace; para el pensamiento hay también su siniestra guillotina.» Echegaray, 43.



los productos de criminales prejuicios: ahí teneis, sino, los cálculos á que se refiere Buchner sobre la edad de la tierra, y la consecuencia que deduce (1). Sirviéndose de la Paleontología, y apoyándose "únicamente en razones teóricas," (en suposiciones gratuitas debe decirse), se afirma que el hombre ha vivido en la época terciaria, llevando esta antigüedad hasta su primer período (2); y se quiere hallar en los fósiles la confirmación del origen simio del hombre con un interés degradante de la dignidad humana (3).

(1) «El tiempo, dice Buchner, no es obstáculo para la explicación de la edad de la tierra, pues los cálculos acerca de la edad de ésta como astro independiente varían entre 2.000 y 6.000 millones de años.... Es absolutamente inútil todo intento de conciliación entre el Génesis y la Ciencia». *La aurora del siglo*. Barcelona, 1905, p. 29.—«Cuando una clase de hechos, dice Naville, no se conoce más que de una manera general y vaga, el campo de las conjeturas es ilimitado.... Töpfer hace notar que las hipótesis geológicas tienen unos fundamentos muy inseguros, y después dice: Por esto precisamente amo esa ciencia. Es indefinida, vaga, como toda poesía... En lugar de ayudarse con los laboriosos recursos del entendimiento, toma á la imaginación por compañera.» Ernest Naville, *La logique de l'hypothèse*, París, 1895, p. 111.—Aunque, después de escribir Töpfer estas líneas, la Geología ha avanzado algo ¿dónde están los datos concretos, para poder hablar con la seguridad con que lo hace Buchner? y, aunque se admita ese resultado, ¿dónde aparece la contradicción entre el Génesis y la Ciencia?

(2) «Lyell sostiene, basado únicamente en razones teóricas, que el hombre ha vivido en el período *plioceno*. Lubbock, que debe haber vivido en el período *mioceno*. Wallace cree que debe remontarse hasta la primera división de la época terciaria, el período *eoceno*.» Luis Buchner, *Lugar del hombre en la naturaleza*, Barcelona 1906, t. I, p. 69.

(3) «A mi entender, dice Hæckel, la respuesta es incontestablemente afirmativa (la de que los fósiles comprueban el origen simio del hombre). Pero las lagunas de los documentos paleontológicos son numerosas.»—«Toda crítica objetiva, dice en otro lugar, está en el caso de dar al *pithecanthropus erectus* la posición de intermedio entre el hombre y el mono.»—*El origen del hombre*, 1905, Barcelona, ps. 39 y 99. Llama *pithecanthropus* á un ser imaginario, á quien supone pertenecían un casquete craneano y un fémur descubiertos en Java por Dubois en 1894: el célebre Virchow, inventor de la patología celular, afirmó que el casquete era de mono y el fémur de hombre.

En la Historia natural, partiendo de la observación que hizo decir á los antiguos *natura non facit saltus*, y que en el libro *De divinis nominibus* aparece consignada en la siguiente fórmula "lo supremo de lo inferior se enlaza con lo ínfimo de lo superior,"; se quieren elevar las simples apariencias á la categoría de principios que tengan la virtud de demostrar la descendencia del hombre de los vertebrados inferiores (1). Afortunadamente, lo único que queda en pie de esta afirmación, formulada con aparato científico, es la manifestación de un deseo, expuesto anteriormente con menos pretensiones por los que prefieren la ascendencia simia á la semejanza angélica (2); deseo que á algunos les hace dudar de si los monos serán hombres (3) (supongo que incipientes ó infra-homos). Así preparado el terreno, se llega á identificar el hombre con los animales, no ya por lo que respecta al cuerpo, sino también al alma, diciendo que "las diferencias psicológicas entre el hombre y los antropoides son menores que las que existen entre éstos y los monos inferiores," (4).

(1) «La afirmación de que el hombre desciende de los vertebrados inferiores es una proposición deductiva especial, que resulta, con una necesidad absoluta, de la ley inductiva general, constituyen lo la Teoría de la descendencia». Hæckel, p. 21.

(2) «Pido perdón á nuestros señores los cardenales, dice Guarin de Vitry, pero, en lugar de descender del cielo, la especie humana parece mejor subir de la tierra, y los monos serían más próximos parientes nuestros que los ángeles.» Viardot, *Apología de un incrédulo*. Barcelona, 1905, p. 41.

(3) «Nuestros viajeros, ha dicho J. J. Rousseau, hacen animales con el nombre de *pongos* ó de *orangutanes*, de esos mismos seres de los cuales hacían divinidades los antiguos, bajo el nombre de *sátiros*, *faunos*, *silvos*. Tal vez, á vuelta de investigaciones más exactas, se encontrará que no se trata ni de bestias ni de dioses, sino de hombres.» Viardot, 41.

(4) Hæckel, 32.



No son ya de extrañar ni la doctrina de Moleschott, afirmando que "la materia gobierna al hombre,, ni la frase de Cabanís "el pensamiento es una secreción del cerebro,, que pudo servir á Buchner para decir "el alma es una función de la sustancia cerebral,, , ni casi la más radical de Häckel "es inconcebible una vida espiritual sin cerebro,,. Y es natural que, con este criterio, la espiritualidad é inmortalidad del alma se califiquen de concepciones imaginarias y se nieguen en absoluto (1).

Una constante movilidad entre las ideas más opuestas parece ser la situación de espíritu dominante en lo que se refiere al destino del hombre. Tal vez pueda caracterizarse por la frase de Voltaire: "Yo no sé lo que es la vida eterna; pero ésta es una broma de mal género,,. Hay ocasiones en que, hasta los más incrédulos, llegan á mostrar vislumbres de fe, y sin detenerse á considerarla, la desechan (2), prefieren mantenerse en la duda y acaban por recomendar que esta duda se conserve hasta el último instante (3): en nombre de la

(1) «La idea de una inmortalidad personal es.. absolutamente insostenible». Häckel, 145.—La distinción en el hombre de dos seres distintos y separables, la espiritualidad, la persistencia del alma... son concepciones imaginarias». Luis Bourdeau, *El problema de la muerte*, Madrid, 1902, p. 297.

(2) «Cuando los hebreos, dice Guyau, marchaban hacia la tierra de promisión, sentían á Dios con ellos. Dios había hablado y había dicho: ¡está allí! Por la noche una nube de fuego se encendía y marchaba delante de ellos... ¡Si estuviéramos aun seguros de que existe una tierra de promisión, de que otros llegarán á ella, de que el desierto concluirá en alguna cosa! Pero no, esta misma certidumbre nos ha sido arrebatada». *La irreligión del porvenir*. Mañón, 1904, p. 352.

(3) «En el momento de la muerte... la duda es seguramente la posición más elevada y más valiente que puede tomar el pensamiento humano: es la lucha hasta el extremo, sin capitulación; es la muerte en pie y en presencia del problema no resuelto, pero indefinidamente mirada frente á frente». Guyau, *La irreligión*, p. 345.

razón, se pide que no se pierda el valor, confortándose con estas palabras: "no ser cobarde,,; pero si esto no bastara para desterrar el miedo y los estremecimientos que algunos sienten ante la muerte, que se arrojen al "precipicio,, con los ojos cerrados ó que hagan por olvidarle, mirando hasta el último momento "alguna florecilla que crezca á sus pies,,.

El hombre privado de la fe es capaz de sostener los mayores absurdos. Existen aun espíritus más radicales, pero necesariamente menos sinceros, que llevando su audacia hasta el colmo, ya no dudan, sino que afirman que ni siquiera hay el recurso de dudar (1). ¡Y esto lo dicen en nombre de la ciencia! Lo que hoy se llama ciencia positiva, lo más que puede hacer, y lo único para que está autorizada, es para confesar su impotencia ante el problema de la muerte. Así lo que hacen los que no mienten á sabiendas. Oid lo que dice el mismo Guyau, refiriéndose á la otra vida: "La imposibilidad de una vida tal no está probada aún...; delante de la ciencia moderna, la inmortalidad sigue siendo siempre un problema: si este problema no ha recibido solución positiva, no ha recibido tampoco, como se pretende á veces, solución negativa (2).

Pero abandonemos esta región de la materia, que está en principio de descomposición, y pasemos á las ciencias morales.

En las ciencias morales no se trata ya de averiguar si el fundamento de la moral debe ser dogmático ó teológico, como quieren los moralistas tradicionales;

(1) «La creencia en una vida futura, desmentida así en todos los puntos por la ciencia, no tiene ni el recurso de refugiarse en la duda». Bourdeau, 298.

(2) *La irreligión*, 468.



ó si debe apoyarse en el imperativo categórico de Kant; ó en un sentimiento de piedad, como quiere Schopenhauer; la existencia misma de la moral está en tela de juicio. No sólo se llega á confundir las categorías morales, llamando bueno á lo que hasta aquí se había considerado como malo y vice-versa, sino que se niega, con científico aparato, la moralidad misma de las acciones humanas. ¡Hasta se quiere presentar la moralidad como el peligro por excelencia! (1).

¿Es el hombre responsable de sus actos? He aquí una pregunta que debe ser el punto de partida en esta cuestión. Pues bien, después de llevar varios lustros de existencia una pomposísima escuela, venida al mundo con el único objeto de estudiar este punto concreto de la libertad y responsabilidad humanas, no sabrían contestaros sus doctores de una manera satisfactoria. A veces atribuyen las ideas y los actos humanos á las emociones y no á la razón (2). Explican la moralidad como resultado de la organización de un instinto (3). Con este criterio cada uno podrá hacer lo que más le convenga: no es posible la responsabilidad: los actos no serán buenos ni malos en absoluto: cada cual los juzgará en conformidad con el desarrollo de su instinto organizado. La moral social tratan de explicarla también como un

(1) «¿Y de manera que entre todos los peligros fuese la moral el peligro por excelencia?» Nietzsche *La Genealogía de la Moral*. Madrid, La España Moderna, p. 8.

(2) «Creyeron que las acciones del hombre están determinadas por la razón y no sospecharon... que la verdadera fuerza motora de sus ideas y de sus actos son las emociones.» Nordau. *Degeneración*. Madrid, 1902, t. I, p. 114.

(3) «La moralidad... se ha convertido en el transcurso de millones de generaciones en un instinto organizado». Id. II, 31.

instinto adquirido por el organismo, por cuyo medio el hombre siente antipatía hacia las acciones que perjudican á la sociedad (1). Nos quedamos, pues, sin moral individual y sin moral social: no hay para qué encarecer las funestísimas consecuencias que de aquí pueden deducirse.

No son menores las que se desprenden del único principio que se establece para discernir las acciones morales: «se define toda moralidad como un conocimiento de lo que es útil», (2). Este principio de la escuela utilitaria inglesa, no solo antigua, sino vieja, aunque remozada, nos lleva—admítase ó no la existencia del instinto organizado—á la proclamación del más desenfrenado egoísmo. Una conciencia que no viera sanción moral, consideraría todos los errores y todos los crímenes como lícitos, si le habían de ser útiles, aunque sólo fuera la utilidad que proporcionara la satisfacción del amor propio: no habría otro freno que las leyes impuestas á viva fuerza; pues ni siquiera el deseo de ser bien mirado por sus semejantes, sería consideración suficiente para contener al individuo que viviera en una sociedad, cuya opinión se formara al calor del criterio utilitario.

Pero la impudencia de esta escuela aparece manifiesta cuando, para evitarse una objeción, explica el amor del prójimo como manifestación del egoísmo. (3) De suerte que las obras de caridad, el sacrificio propio

(1) «La antipatía con respecto de acciones que perjudican á la existencia ó á la prosperidad de la sociedad llega a ser también en el hombre un instinto». Id. II, 65.

(2) Id., II, 298.

(3) «El amor al prójimo que se manifiesta por la limosna... no es tal amor en realidad... es un instinto egoísta que busca únicamente su propia satisfacción, y no la del ser amado». Nordau, I, 243.



en bien de los semejantes, los actos heroicos de que únicamente la moral cristiana puede presentar ejemplos: todo lo explican como un egoísmo propio de ciertas gentes que no podrían ser felices si vieran á los demás sufrir; y por eso combaten el dolor ajeno para conseguir la felicidad propia. (1)

Esto es cambiar el sentido y la significación de las palabras. Preguntad á un pobre enfermo el criterio que prefiere para que se le asista en su enfermedad; preguntad á cada individuo el criterio que prefiere domine en la sociedad en que vive; preguntádselo á la sociedad; y el pobre, el individuo y la sociedad, os contestarán unánimes. Pero aún hay más: yo os invito á que con la imaginación os trasladéis á una sociedad dominada por el criterio utilitario. Por poco colorido que acerteis á dar al cuadro, os veo retroceder horrorizados, de lo que habeis empezado á ver con los ojos de la imaginación; ¡Figuraos lo que os sucedería, si esto fuera real! Pues llegaría á serlo y de hecho lo es para aquellos individuos que no tienen, más norma moral que la de su utilidad. Podrá suceder que la falta de valor les impida poner en práctica las lógicas exigencias del principio; pero, admitido este, no se pueden rechazar las consecuencias; y esta sí que es la piedra de toque que nos revela la bondad ó la falsedad de los criterios morales: la mentira y el error podrán vivir en la vida especulativa, pero de ningún modo en la vida práctica.

(1) «El egoísmo de estas gentes, dice el Dr. Schretter, consiste sencillamente en investigar los sufrimientos ajenos para procurar atenuarlos; se esfuerzan, pues, simplemente en conseguir *ellos mismos* la felicidad, combatendo el dolor de los demás. Un católico diría de San Vicente de Paul ó de San Carlos Borromeo: era un gran santo; yo diría de ellos: eran unos grandes egoístas.» Cit. Nordzu, II, 297, nota 2.

¿Y qué diremos de aquellos que tratan de dar un fundamento histórico á la moral? Preguntadles quiénes han de ser los encargados de extraer de la historia esos fundamentos morales, y quiénes han de imponerlos en la sociedad: cuál es el criterio que llevarán para la recolección de esos principios. Preguntadles si pensarán como algunos cuando afirman que “todas las cosas buenas fueron en otro tiempo malas,; (1) que “el dolor pasaba por virtud, la crueldad por virtud, el disimulo por virtud, la venganza por virtud, la renuncia de la razón por virtud; y el bienestar pasaba por peligro, la paz por peligro, la guerra por peligro, la compasión por peligro, la misericordia por oprobio, el trabajo por vergüenza, la demencia por cosa divina, la conversión por inmoralidad y la corrupción por excelencia,; (2). Y si, á pesar de esta confesión de categorías morales, os aseguran que llegarán á constituir una moral, abandonadlos, porque no saben lo que se dicen.

Pero hay más: no faltan espíritus decididos que nos presentan los impulsos de compasión, abnegación y sacrificio como una enfermedad capaz de conducir á la humanidad á la nada (3); para que el humano linaje progrese, hay que llegar al sacrificio de la humanidad entera en aras de unos cuantos (4). Esta es la consecuencia de considerar como verdadera libertad de espíritu la máxima “nada es verdadero, todo es permitido,; (5), máxima que se puede aplicar á

(1) Nietzsche, 96.

(2) Nietzsche, *Aurora*, af. 18, cit. *Genealogía*, p. 27.

(3) Nietzsche, 6.

(4) Id. 61.

(5) «Nada es verdadero, todo es permitido. Esta era verdadera libertad de espíritu.» Id. 128.



toda norma de moral que no trate de fundarse en algo suprasensible. En otro caso el hombre queda reducido á la categoría de las fieras, para las cuales no hay más justicia que su conveniencia, y ellas serán su ejemplar y tipo (1); con la desventaja para el hombre de que será capaz de satisfacerse, recrearse y deleitarse en la contemplación de su obra de tiranía y destrucción.

Con tales ideas de moral ¿qué sucederá en el derecho, que no es otra cosa que la moral en las relaciones sociales? Arruinada la moral, borrada la noción de bueno y malo ¿qué base jurídica subsiste y perdura? La fuerza. He aquí, en efecto, el principio que hallamos en la ciencia moderna. “Advertid, sin embargo, se dice, que si hoy se permite informaros de que no hay infierno... en cambio las leyes no dejarán en adelante escapar á ningún culpable: el que no quiera ingresar en la cárcel ó el presidio, ó subir á la horca, que cumpla los mandamientos que Jesucristo mismo nos dió,” (2).

Así tiene que ser un derecho sin moral, y así tiene que ser una moral sin Dios. Porque es de notar que toda la ciencia contemporánea es atea.

No se trata ya de la “inteligencia suprema,” que se imaginó Stuart-Mill, como causa primera del mundo; ni de la “voluntad universal,” admitida por Schopenhauer; ni del “incognoscible,” “energía infinita de

(1) «Hablar, dice Nietzsche, de justicia y de injusticias *en sí mismas* carece de sentido; porque una infracción una violación, un despojo, no pueden ser injustos *en sí*, procediendo la vida esencialmente por infracción, violación y despojo». 58.

(2) Ibarreta, *La religión al alcance de todos*. Barcelona, sin año. En la dedicatoria de este libro «A los habitantes de las aldeas» se les promete decir la verdad.

donde surgen todas las cosas,, cuya existencia era para Spencer de una *certidumbre absoluta*; ni del “todo-uno,, ó del “inconsciente,, de Hartmann—imitaciones todas, bien que falsificadas, de teísmo—se llega al *ignorabimus* de Bois-Reymond, ó al *ignoramus* de otros muchos.

Al llegar á este punto no podemos menos de exclamar, con Balmes: “La tristeza se apodera del corazón á la sola idea de que la ceguedad y malicia de unos pocos hombres haga necesario un estudio serio y detenido para probar una verdad escrita en la tierra y en el cielo, con caracteres tan claros y resplandecientes: caracteres entendidos con suma facilidad por todos los pueblos en todos tiempos y países; y que al tratarse de Dios, la filosofía haya de ser otra cosa que un cántico de amor y alabanza al supremo Hacedor, semejante al que entonan de continuo la tierra y el firmamento...” (1)

Sin embargo, esta ceguedad y malicia van extendiéndose, como lo vemos en los deístas, panteístas, naturalistas y monistas, todos los cuales convienen en negar la Providencia. Así lo podemos ver en los que definen á Dios como “la suma infinita de todas las fuerzas naturales, ó la suma de todas las fuerzas atómicas y de todas las vibraciones del éter...” (2) Y más aún en aquella manifiesta falacia de Nietzsche: “Si hubiera Dioses, ¿cómo soportaría yo no ser Dios? *Luego* no hay Dios...” (3) ¡Blasfemia imbécil, hija de una soberbia desesperada! De un lado se siente con un corazón grande,

(1) *Filosofía elemental*. París, 1902, p. 324.

(2) Häckel, 159.

(3) Zarathustra.



inmenso, insaciable; y luego su egoísmo le lleva á considerarse como Dios. De otro no tarda en conocerse en su existencia como sombra que pasa, átomo imperceptible, caña que quiebra el viento; y entonces su soberbia indignada se subleva y se lanza contra esa alteza que había contemplado en sí mismo. En lugar de dar gracias á la munificencia de Aquel que le capacitó para cosa tan grande como el consorcio de la divinidad, y en lugar de humillarse ante el sentimiento de su poquedad, procurando hacerse digno de ella, su orgullo le hace prorrumper en blasfemias, como presa de la desesperación más degradante.

En esta situación del espíritu, respecto de Dios, fácil es calcular la infinidad de matices que presentará la religión. Augusto Comte, con su culto á la humanidad, hizo prosélitos que llegaron á tener capillas. Claro es que su número no pudo ser grande, ni cabía que fueran fieles á esos ritos; “la Humanidad, dice Guyau, no satisface plenamente la idea de causalidad, ni la de finalidad,; así que “el comtismo, que no toma de la religión más que los ritos, es un ensayo para conservar la vida á un cuerpo al que se ha arrancado el corazón, (1). Siendo el hombre por naturaleza religioso, á falta de Dios, se encarga de adorar *fetiches*. Así vemos el gran número de religiones organizadas que viven en América. Prescindiendo de todas las formas del cristianismo, y prescindiendo de los mormones, cuyo número parece disminuir, existe la tendencia á dar forma religiosa á los sistemas metafísicos, de lo cual son ejemplo el *trascendentalismo* y el *cosmismo*. Allí hay disposición para seguir á la primera histérica que se presente con aires de iluminada: tal sucede con Miss Eddy,

(1) *La irreligión*, p. 322.

que comenzó sus predicaciones en el último decenio del siglo pasado, y á los diez años de dogmatizar la siguen cuatro millones de adeptos. Y para que no falte la nota práctica, de la que no saben prescindir los norte-americanos, tienen también una religión *á la americana*, la “religión de la ética, que fundó Adler en New-York, calificada por Guyau de “vasta sociedad de temperancia, completada por una sociedad de Socorros Mutuos, (1).

Lo general es que, á medida que se va perdiendo el verdadero concepto de Dios, se abandonen las prácticas religiosas: los que se preocupan de indagar lo que les espera en el porvenir, dan á sus imaginaciones la categoría de *hipótesis*, ateniéndose á las realidades del momento; otros niegan resueltamente la realidad de todo lo que se eleva sobre la experiencia sensible, y, como dice Buchner, se sujetan á “la creencia en las leyes *eternas é inmutables* de la naturaleza: ella constituye la religión del libre-pensador, (2). Es decir, se camina en línea recta y á gran velocidad al resultado que Guyau expresa claramente: “Se trata de convertir en esclavos á esos Dioses que comenzamos por adorar; se trata de sustituir al “reino de Dios, el *reino del hombre*, (3).

Hoy pues, se pone en duda, ó se niega, la existencia de Dios, por los corifeos de una ciencia superficial y cambiante. Muy poco favor hacen á la ciencia los que en su nombre niegan una verdad reconocida por todo el mundo y más particularmente por los grandes sabios. “Las afirmaciones relativas al or-

(1) *La irreligión*, p. 331.

(2) *La Aurora*, p. 95.

(3) *La irreligión*, p. 349.



den espiritual, al origen de las cosas, al destino del hombre, se deducen de la consideración general del universo y muy especialmente del estudio de los fenómenos que el espíritu humano comprueba con la observación. Ampere afirmaba que la existencia del alma y la existencia de Dios son dos hipótesis susceptibles de una demostración científica tan cierta como la de las grandes leyes astronómicas. Fresnel esperaba llevar estas afirmaciones á un grado tan elevado de evidencia racional, que quedaran libres de toda disputa.... Estos dos físicos, de indiscutible genio, estaban lejos de admitir esa exclusión del orden espiritual que ciertos sabios contemporáneos tienden á considerar como resultado elemental de la cultura científica., (1).

Si del terreno científico pasamos al de las artes, presenciaremos un desequilibrio mayor, y más trascendental, en la extraviada mente de los pensadores contemporáneos.

Se ha perdido la idea de aquella eterna belleza cantada ya por Platón, con lengua como de ángeles, en aquel ditirambo del *Symposio*, del cual dice Menéndez Pelayo que no conocí en lengua mortal nada más bello (2). Esta estética idealista, que inspira á Plotino la doctrina de la hermosura *en sí*, y que fué amada fervorosamente por Cicerón, ha ido oscureciéndose hasta desaparecer por completo. Reducida á la modesta categoría de física estética por Hegell y Vischer, fué negada por los que no admiten la virtualidad de la preceptiva técnica; el arte fué considerado como un juego serio por Kant y Schopenhauer, y ahora los positivistas le han reducido á juego baladí, fácil y á todos accesible con ligero esfuerzo. Sostienen los decadentes que

(1) Naville, p. 90 y s.

(2) *Historia de las ideas estéticas en España*, t. I, p. 33.

la estética es vehículo para el desahogo de tristezas insanas, é instrumento de vanidosas exhibiciones de lo subjetivo: ¡como si á los demás interesaran las insignificantes y vulgares situaciones del propio ánimo! La lírica tradicional era expansión de estados personales, sí; pero humanos: la nueva estética es la consagración del endiosamiento personalista de cualquiera que *se siente poeta* y cree que el mejor asunto literario son sus lamentaciones ó las extravagancias, acaso ficticias y mentidas, de lo que pasa en las *interesantes* interioridades de su psiquis *genial*. No faltan tampoco espíritus más modernos y más audaces, aunque no más sólidos, para los cuales la belleza es un mito y el arte una convencional simulación.

Guyau, que indudablemente estaba dotado de temperamento artístico, se pregunta: "¿el porvenir de la belleza y del arte estará absolutamente comprometido, como lo afirma Renan, como parece creerlo Taine...?", (1); su contestación negativa queda desvirtuada por lo que nos dice en una obra posterior: "...hay más de una religión, más de una moral, más de una política y también más de una *estética*., (2).

La poesía, según Baudelaire, queda reducida á ella misma, porque no tiene por objeto la verdad. Para Catulo Mendes, rimar, combinando entre sí elegantes palabras, es la sola dulzura de vivir. Ni los recuerdos de la infancia, dice Richepin, ni el llanto amoroso, ni la satisfacción del deber cumplido, ni el afán de alcanzar la sabiduría, ni la áspera voluptuosidad de la guerra y de las armas, ni el reposo del sueño, ni la alegría, ni la muerte misma, ofrecen el menor encanto á nuestro corazón.

(1) *Les problèmes de l'Esthétique contemporaine*, p. 95.

(2) *El arte desde el punto de vista sociológico*, Madrid, 1902, p. 142.



El arte, privado de ideales y abandonando todo lo noble, digno y elevado, queda reducido á “la descripción menuda y fría de los pormenores, descripción por describir, y sin fin ni propósito, y más de lo hediondo y feo que de lo hermoso; arte que hasta ahora no ha encontrado su verdadero nombre, y anda profanando los muy honrados de *realismo* y *naturalismo*, aplicables sólo á tan grandes pintores de la vida humana como Cervantes, Shakespeare y Velázquez,” (1).

Dos manifestaciones características dominan hoy en la literatura: el mal llamado naturalismo, y el egoísmo desenfrenado. Frecuentemente se dan la mano para recorrer un camino que se imaginan florido, frondoso y odorífero; pero á su paso las flores se marchitan, la fronda se seca, el ambiente se inficiona, y no queda otra cosa que el cieno producido por las huellas de sus pisadas.

El moderno naturalismo tiene algún precedente en Victor Hugo y, mejor, en Flaubert, que ya tiende á los análisis de “los casos patológicos,” en que se han complacido los de Goncourt.

Nadie mejor que el mismo Zola podrá enterarnos de la esencia de la escuela naturalista. Él nos dice que esa escuela viene á sustituir el estudio del “hombre abstracto,” del “hombre metafísico,” por el estudio del *hombre natural*, “sometido á las leyes físico-químicas y determinado por la influencia del medio.” “Estudiad, dice, al hombre tal como es, no ya como maniquí metafísico, sino al *hombre fisiológico*.... ¿No es una farsa ese estudio continuo y exclusivo de la *función del cerebro*?.... El pensamiento, el pensamiento, ¡ah! ¡el pensamiento es el producto del cuerpo entero...!”

(1) Menéndez Pelayo, *Crítica literaria*, p. 70.

Zola dice que esta novela, calificada de experimental, “es la literatura de *nuestra era de ciencia*,” es decir—entiéndase bien—la ciencia que le facilita el siguiente supremo ideal: “¡Ah! tierra buena, acójeme, tú que eres la madre común, el único manantial de vida. ¡Tú, *la eterna, la inmortal*, en la que circula el alma del mundo, esa savia distribuida hasta en las piedras, y que hace de los árboles nuestros hermanos mayores inmóviles!... Sí, quiero perderme en tí; tú eres lo que aquí siento, bajo mis miembros, estrechándome é inflamándome.... ¿No es tonto que cada uno de nosotros tenga un alma cuando hay esa gran alma?...”

Pero esta literatura, ni siquiera tiene el mérito de la observación: “el naturalismo, que no tiene nada que ver con la naturaleza y la realidad, es, en fin de cuentas, el culto premeditado del *pesimismo* y de la *porquería*,” (1).

“El éxito extraordinario de Zola,” dice Nordau, se explica “por su trivialidad y su lascivia.” Lo prueba examinando las tiradas de sus obras y viendo como las que “más se han vendido, son aquellas en las cuales se muestran con mayor violencia la lujuria y la grosería bestial,” (2).

Acerca de los efectos del realismo contemporáneo, observa el profesor M. Renard, además de otros críticos, que puede llegar á poblar el mundo de histéricos, alucinados y maníacos; dice que, al terminar alguna de esas lecturas, se sienten deseos de repetir la frase famosa: “Hay casas en que los hombres encierran á los locos para hacer creer que los otros no lo son,” (3).

(1) Nordau, II, 393.

(2) II, 404.

(3) G. Renard, *Estudios acerca de la Francia contemporánea*, p. 21.



Formado concepto de los realistas modernos, pasemos á conocer á los egoístas, que participan de *parnasianos, diabólicos, estetas y degenerados*. No es fácil establecer una línea perfectamente divisoria, pero á todos se les puede considerar incursos en notable desequilibrio mental.

Los egoístas llegan á figurarse que el mundo debe regirse por sus sentimientos. Nada de dirección: aprender en la calle, en la vida. Su ocupación, dicen, que debe consistir en el fantasear, la adivinación, el revelarse á sí mismo, en un palabra, en "el desbordamiento enfermizo de la propia personalidad.". Su pereza mental les inhabilita para toda labor seria; hacen sus lecturas sin orden, de todo lo que cae en sus manos, y lo sueltan en la primera ocasión que se les presenta; en un lenguaje ampuloso, adecuada vestidura de su vanidosa soberbia. Esta indisciplina é incapacidad para someterse á un trabajo gradual y metódico, es bautizada con nombres que tratan de hacer sugestivos, pretendiendo así hacer pasar su impotencia como una cualidad bella y amable. Les oireis hablar del "temperamento artístico.", de "sus ansias de volar.", de "la necesidad del genio de no someterse á moldes hechos.": estas y otras expresiones análogas habrán podido alucinar á algunos; pero hoy ya sabemos á qué atenernos respecto de estos funámbulos, que arrebatan al *infinitus numerus* con las cabriolas en la cuerda de la extravagancia y de la paradoja.

Es preciso que á estos individuos se les conozca como son en realidad: para ellos, lo único interesante son sus ocupaciones, sus estados de ánimo; su *yo* es lo único real; el mundo y la humanidad no tienen más finalidad que admirarles y rendirles culto. Por eso les oireis decir con Barrés: "Conviene que nos atengamos

á la sola realidad, al Yo., (1). "No hay más que una cosa que conozcamos y que exista realmente... Esta sola realidad tangible, es el Yo, y el universo no es más que una pintura al fresco, que él hace hermosa ó fea.". Con este concepto del mundo y de la vida, para ellos todo es lícito, y recomiendan como Huysmans, por boca de uno de sus personajes, Des Esseintes, lo siguiente: "Haz á los demás lo que no quieras que te hagan..".

Estos son los que, despeñándose desde las alturas de su autodeísmo á las más hondas simas de los furores nihilistas, han llegado á decir, con Huysmans: "¡Eh! ¡Húndete, pues, sociedad! ¡muere, pues, viejo mundo!", (2); y con el poeta noruego Ibsen: "V. se encarga de inundar el jardín terrestre; por mi parte, yo coloco con delicia un torpedo bajo el arca.", (3). Ahora sí que procede la estereotipada frase periodística: *huelgan los comentarios*.

Afortunadamente su distinción entre los demás mortales, es cosa sumamente fácil, porque nos dan hecha la labor. No pueden sufrir que se les haga el silencio, y se complacen en imaginarse que los demás siempre se ocupan de ellos. Lacenaire decía: "no temo el odio, pero temo ser *despreciado*...". A éste su sentencia de *muerte* le conmovió menos que la *crítica* de sus versos. No es esto sólo: á los egoístas se les distingue por ciertas particularidades características: "cada uno aspira á llamar violentamente la atención por una singularidad cualquiera de contorno, de

(1) Mauricio Barrés, *Examen de tres ideologías*, París, 1892, p. 45.

(2) J. K. Huysmans, *Al revés*, p. 293.

(3) Henrik Ibsen, *A mi amigo el Orador revolucionario*: composición poética en la que ensalza el diluvio como «la única revolución que no ha sido hecha por un chupacero que se para en la mitad del camino».



actitud, de corte, de color, y á fijarla imperiosamente; quiere ejercer una fuerte excitación nerviosa, agradable ó desagradable, poco importa; su idea fija, es producir efecto á toda costa,, (1).

En sus obras puede verse una constante tendencia á negar lo notorio; hallareis contradicciones, á veces, hasta en la misma página; vereis calificado de hermoso lo que los demás consideramos feo; de bueno lo que nosotros llamamos malo. Si quereis saber de antemano lo que van á decir, basta que tengais en cuenta esta clave, que nos proporciona uno de ellos: "¡ah! no digais que estais de acuerdo conmigo; cuando las gentes están de acuerdo conmigo, creo siempre que debo estar equivocado,, (2). Esto lo hacen por falta de fuerza intelectual, que les permita descubrir nuevos derroteros con los que poder llamar la atención.

Y aunque pudiera alguno creer que, el ponerse en contradicción con todo el mundo, requiere cierto valor; es lo general en los egoístas que carezcan de ese mérito: las ocasiones en que el valor pudiera ser necesario, deponen su actitud y pasan por todo. Sería fácil multiplicar los ejemplos; pero me limitaré á citar uno: "Cuando aplica Nietzsche á Goethe una crítica completamente tímida, pide perdón; ya no tiene su actitud de héroe que desprecia la muerte, como cuando dirige un reto á la moralidad y á la verdad,,. Nordau, de quien son las anteriores palabras, explica esa conducta de Nietzsche atribuyéndola á que no ve peligro en el último caso, pero que sí le hay si choca con las convicciones ó los prejuicios estéticos de "los imbéciles que forman su capilla,, (3).

(1) Nordau, I, p. 17.

(2) Oscar Wilde, *Intenciones*, Leipzig, Tauchnitz, 1891, p. 166.

(3) Nordau, II, 312.

Estamos en presencia de un mal de la época. Hay una verdadera indisciplina intelectual: nada se considera respetable: los ataques á la verdad y á la moral son muy frecuentes. "Los díscolos tienen á mucho honor el que la Iglesia los excomulgue por impíos,,. A este propósito, recuerdo haber leído que un escritor francés andaba buscando recomendaciones entre sus amigos católicos para que le excomulgaran un libro. Bien merecida tienen la recomendación de Campoamor: "los ontólogos deben hacer una cosa más eficaz que la Iglesia, y es la de probar á esos díscolos, no que son unos impíos, sino que son unos *necios*,, (1).

La generalidad de los adoradores de ese frío centralizador que se llama egoísmo, se dejan dominar por todas las pasiones. Gautier, Sainte Beuve, Oscar Wilde, Catulo Mendes, Baudelaire, Swinburne, Barrés..... y otros innumerables, ensalzan los crímenes, alaban á las prostitutas y á los criminales, cantan á Satán, adoran la lujuria más desenfrenada y se abrazan con las enfermedades: unos llaman á la muerte, y otros dan muestras de un miedo irracional y loco á su sólo recuerdo (2).

(1) Campoamor, *El ideismo*, Madrid, 1883, p. 45.

(2) Ya se ve que cito testigos de la mayor excepción; pero los que busquen pruebas en la realidad no tendrán necesidad, para encontrar estos tipos, de traspasar las fronteras nacionales. Siendo esto tanto más de lamentar, cuanto que se aprovechan de la facilidad con que hoy se hacen reputaciones por la formación de bandos literarios, y porque el literato de hoy, como dice el publicista M. Paul Acker, es el hermano del comerciante que anuncia sus productos. Esto influye en la juventud de un modo desastroso que no quiero encarecer. «Infinidad de estudiantes escriben sandeces y las envían á los periódicos, pero como no se las publican, recobran poco á poco la razón; su cabeza no se *desequilibra*, y no llegan á imaginarse que valen demasiado para sujetarse á estudiar el programa universitario y prepararse para los exámenes con aplicación». (Nordau, II, 456). Pero si se les alienta y se favorecen esas «anticipaciones de la



La sociedad que se deje dominar por esta literatura ya está en un desequilibrio, hartó pronunciado, que acabará por disolverla (1).

De la rápida ojeada que acabamos de dirigir por el campo de las manifestaciones del espíritu humano, se deduce, que, hecha *tabula rasa* de la metafísica, con los retazos dispersos del humano saber, se ha querido constituir una divinidad á la que se ha bautizado con el pomposo nombre de *Ciencia*. Esta divinidad, tan pronto como se ha visto reconocida por algunos, ha manifestado su desmedida ambición, tratando de destruir la religión, la moral y el arte (2); invadiendo así todos los

educación», se consigue: «atraer al oficio de escritor á muchachos absolutamente sin razón alguna para serlo... y... proporcionar á otros jóvenes, quizás no desprovistos de talento, periódicos y editores para puerilidades...» (II, 455). No siendo extraño que se forme un semillero de locos, ó se reclute gente para el suicidio: Imbert Galloix, que murió á los 22 años, después de decir que es víctima «de un dolor permanente que toma diferentes formas», viene á confesar que «todas las facultades de su dolor se han reunido en un punto... *no haber nacido inglés...* (1)» Hans G. Ludwigs se suicida á los 17 años, porque «esta mal lita vida tirada á cordel le destrozaba su vigor».

(1) «La disolución vital es el carácter común de la decadencia en la sociedad y en el arte; la literatura de los decadentes, como la de los desequilibrados, tiene por característica el predominio de los instintos que tienden á disolver la sociedad misma; y en nombre de las leyes de la vida individual ó colectiva, se tiene el derecho de juzgarla». Gayau, *el arte*, p. 507.

(2) «Tiende la ciencia en nuestros días á invadir todo el dominio intelectual. Hasta aquí, la humanidad ha vivido principalmente de estas tres cosas: religión, moral y arte. Pero el espíritu científico, que ha destruído casi por entero los fundamentos de las diferentes religiones, se dirige hoy contra los principios aceptados de la moral; y no lleva trazas de detenerse ante el arte: ...» Gayau, *Los problemas de la Estética contemporánea*, Madrid, 1902. Prólogo.

dominios intelectuales, para ejercer en ellos una soberanía despótica.

Spencer comparó la ciencia á la *Cenicienta*; se la tiene aislada, dice, «á fin de que sus orgullosas hermanas puedan ostentar sus *oropeles* á los ojos del mundo»; pero afirma que «se apresura el desenlace», y, abandonadas las hermanas orgullosas, «la ciencia, proclamada la mejor y más bella, reinará soberanamente», (1).

Esta soberanía es hoy aclamada. Y nada menos que se considera verosímil la sustitución de las ideas «relativas á la morada de las almas después de la muerte», por las «de un átomo», y las «de la posición de los átomos en la molécula de una asociación orgánica, del éter y de sus vibraciones», (2). Un novelista español, levantado por unos á la categoría de maestro eminente é indiscutible, y rebajado por otros hasta confundirle con un traficante en libros, se ha hecho eco, en una de sus obras dramáticas, de estas aspiraciones, pretendiendo sustituir el ideal religioso con el científico. ¡Como si los inventos del espíritu humano, por asombrosos que sean, fueran capaces de atenuar en lo más mínimo la ansiedad y la temerosa incertidumbre que el hombre experimenta al encontrarse frente al terrible problema de la muerte!

Después de decir, con el judío Max Nordau, la *ciencia ha declarado* que la fe es un *error subjetivo*; después de destruir los fundamentos de la moral; después de afirmar, con Renan, que, al llegar la ciencia, desaparecerá la belleza: se cifra *todo el ideal en acrecentar los conocimientos*, es decir: los conocimientos que proporcionan la física, la química, la historia natural, la biología, en una palabra, la ciencia experimental.

(1) Herbert Spencer, *Educación intelectual, moral y física*, Madrid, 1884, p. 93.

(2) Nordau, I, 143.



Mas no todos cifran el ideal en los conocimientos del orden físico, en los hechos de observación. Wagner cree ver en la música el culto del porvenir y afirma que "el objeto supremo del hombre, es el artístico," (1); y Guyau espera que el arte llegue á sustituir á la religión "el arte deberá realizar, para sustituir á la religión, ciertos progresos..." (2); y Wilde dice "lo estético es superior á lo moral," (3); y, finalmente, Keats, con todos los que le acompañaron en su famoso brindis, reniegan de la memoria de Newton.. "Porque ha destruido la poesía del arco iris, reduciéndolo á un prisma," (4).

La estrañeza que pudo causarnos la afirmación de que hoy se reconociera una soberanía, ha desaparecido ya, al ver que *eso único* que se quiere quede en pie, no es concebido del mismo modo por la generalidad. Pero, se dirá: hay algo que es admitido como verdad, aunque ese algo cambie con los distintos individuos. Pues, ni siquiera eso: Nietzsche nos dice que "hay que plantear este problema del valor de la verdad," porque "la ciencia necesita una justificación," (5); y un autor francés, en una obra que no quiero citar, se propone destruir "las dulces y bellas ilusiones, el concepto de causa, la fe en una ley, la apoteosis del progreso,"; "no más ciencia de cifras fútiles, queremos

(1) Ricardo Wagner, *La obra del arte del porvenir*.

(2) Guyau, *La irreligión del porvenir*.

(3) Oscar Wilde, *Intenciones*.

(4) "... al final de una comida en casa del pintor inglés Haydon, el poeta Keats levantó la copa, proponiendo el brindis siguiente: «A la execración de la memoria de Newton». Extrañáronse los comensales, y antes de brindar, pidió Wordsworth explicaciones, á lo que repuso Keats: «Porque ha destruido la poesía del arco iris reduciéndolo á un prisma». Y bebióse á la confusión de Newton». Guyau, *Estética contemporánea*.

(5) Nietzsche, *La Genealogía de la moral*, p. 130.

el eterno secreto,"; "aún entre aquellos que me aman, dice, ¡qué pocos osarán seguirme hasta el término de esta escalera vertiginosa que conduce al formidable y sereno nihilismo!,"

II

Fatigados y como sin aliento hemos llegado al término de nuestra primera parte; ¡qué impresiones más tristes hemos recogido en nuestro viaje! En todas partes hemos visto que reina una lamentable confusión de conceptos; en todas se hace una lastimosa mezcla de las ideas fundamentales; no se tiene inconveniente en sacrificar hasta las verdades de evidencia inmediata; y la ligereza en escribir es tan grande, que se propagan los mayores absurdos. Varias son las causas que influyen en esta situación anárquica; pero una de las más principales, consiste, á no dudarlo, en el abandono de la Filosofía.

Es este un hecho que todos podemos reconocer. Hay quienes pretenden reducir la Filosofía á "criticar los hechos experimentales," como quiere Zimmerman; otros á "agrupar en un todo racional los conocimientos empíricos aportados por las otras ciencias, en lugar de correr tras conocimientos inaccesibles," como afirma Spiess; otros á "un objeto de lujo," que nos permita "arriesgarnos en lo desconocido," por "pura curiosidad de la inteligencia," y que pueda servirnos para "evaluar las probabilidades comparativas de las hipótesis," como dice Guyau. Algunos, reconociendo que "estaba destinada á resolver los más grandes problemas de la vida," creen que se halla reducida á "un juego sin utilidad ninguna,"; por eso, terminan por reco-



mendar que "la metafísica sea definitivamente abandonada,,.

Hasta hombres de talento, como el señor Cánovas del Castillo, reconociendo la sustantividad de la Metafísica, se expresan como si no vieran su necesidad, ni su trascendencia á las otras ciencias: "La verdadera filosofía, dice en uno de sus discursos, parece como que al presente duerme, rendido el cuerpo á la fatiga. Mientras no aparezcan *nuevas direcciones* que den siquiera remota esperanza de llegar más lejos, ó de subir más arriba, conviene ahora *hacer alto y esperar* por algún tiempo; hasta que naturalmente recobre la metafísica su imperio y despierte el pensamiento filosófico con nuevo brío, dedicando nuestra actividad, *en el interim*, á otros ramos del saber,,. *Nuevas direcciones... hacer alto y esperar...*; cualquiera diría que se trataba de un hecho histórico glorioso, que estaba en espera de un Homero ó un Dante para cantarle; ¡cómo si el conocimiento de las nociones fundamentales y de los primeros principios de todas las ciencias fuera susceptible de cambiar! No ha progresado un ápice, desde hace miles de años; del mismo modo que nadie ha logrado mejorar la tabla de multiplicar, ni perfeccionar los diez mandamientos.

Teniendo, pues, en cuenta que este prejuicio alcanza aún á las personas encargadas del Gobierno de las naciones, se comprenderá la influencia que, á su vez, el Estado ha ejercido para llegar á la situación actual: influencia decisiva por estar en sus manos la dirección de la enseñanza. "El Estado, como tal Estado, dice un sabio maestro de esta Escuela, desconoce otros fines en la ciencia que los presentes, y encamina todas sus leyes, incluso las de la enseñanza, á la satisfacción de las necesidades del momento,, (1). Por eso llegó, creyendo

(1) Martínez y González, *Discurso de apertura*.

de este modo satisfacer mejor esas necesidades, á romper los vínculos que mantenían unidos y ordenados los estudios en la antigua Universidad, desligándolos de la Filosofía y creando "profesiones sin condiciones de tales,,. Esta separación completa de las Facultades y la creación de Escuelas especiales, puso vallas entre los distintos conocimientos, que así resultan aislados y sin conexión con los demás.

No es ya de extrañar encontrarnos con hombres de ciencia, de labor meritísima, pero de resultados que no corresponden á ese mérito: así estudiada la ciencia presenta disgregadas y separadas unas partes de otras "pareciéndose á una flota hermosa, pero desordenada, cuyos barcos en lugar de formar una sóla armada, bajo la guía de la nave almirante de la Filosofía, hechos juguete de las olas, cada cuál se dirige á un punto y se forma para sí un mundo cerrado, sin oriente común, sin fin ni empresa determinados,, (1).

Este abandono completo de la Filosofía, aún en los estudios superiores, conduce á no examinar como se debe los problemas más importantes para el hombre, y nos deja entregados, sin guía ni piloto, á merced de las agitadas olas del tempestuoso mar de la vida moderna, presentando como única solución, el choque con los escollos y los bajos de que está plagado.

Mas como la investigación de las cuestiones acerca de las causas de los seres, de los problemas referentes á su origen, su naturaleza y sus destinos, es natural á la inteligencia humana; sucede que al estudiar las ciencias de la naturaleza, cuyo objeto son los hechos y su método la inducción, los sabios naturalistas sienten la necesidad de dar solución á los problemas

(1) Ibid.



de las causas; pero, caminando con el instrumento mismo y con la luz que les sirve para la investigación de la naturaleza, dan en los mayores absurdos.

La lógica está indefinidamente proscripta de la mente de los pensadores modernos. No se tiene en cuenta que cada orden de verdades exige un método especial para su estudio; que no se puede discurrir de igual modo en las ciencias morales que en las exactas ó en las de observación; que para buscar la verdad en la literatura ó en las artes no puede seguirse el mismo camino que se sigue en las ciencias.

Es frecuente encontrar obras en las cuales, aplicando el autor el criterio propio de la ciencia que cultiva, sin preocuparse de si es ó no apropiado para el objeto de sus investigaciones, quiere resolver todas las cuestiones divinas ó humanas; despreciando las verdades obtenidas por los métodos de investigación propios de las otras ciencias, y negando la virtud de sus procedimientos.

Después de lo que hemos visto en la primera parte, nos podíamos considerar dispensados de nuevos ejemplos; sin embargo, creemos conveniente añadir otros que dejarán al abrigo de toda duda nuestra afirmación.

Augusto Comte, que no estaba desprovisto de espíritu filosófico, y revela un criterio exacto en algunas de las cuestiones que trata, es una prueba concluyente. Desde niño no estudió más libros que los de matemáticas; y él mismo nos demostrará, por las aplicaciones que de ellas quiere hacer, cómo la causa de sus errores fué su mala formación científica. Bastará que nos fijemos en ciertos pasajes de su filosofía, de los muchos que dedica á hablar de las matemáticas.

El sistema de los estudios matemáticos, nos dice, constituye necesariamente el verdadero origen espon-

táneo del arte general del razonamiento positivo. Los estudios matemáticos proporcionan lo que se creía que la lógica debía proporcionar: ésta daba reglas muy pueriles, que eran inútiles ó conducían á especulaciones ontológicas no menos inútiles, vagas y sin sentido (1). Las matemáticas son la ciencia fundamental, la ciencia por excelencia, su definición es, hasta cierto punto, la de todas y cada una de las ciencias (2). Vemos, pues, que para Comte todas las ciencias se reducen á las matemáticas, y estas constituyen el objeto de la superior investigación científica; lo cual le conduce al positivismo.

En las ciencias de observación, cuando se salen de sus propios dominios, podemos hallar gran número de absurdos.

Algunos naturalistas pretenden deducir el sistema de la evolución, por haber observado que los restos paleontológicos de los seres vivientes, se presentan de tal modo que de los organismos menos perfectos se va llegando á los más perfectos, al examinar las diferentes capas geológicas que debieron ser superficies de la tierra. Confundiendo así lastimosamente el orden de sucesión con la idea de causa.

Hay otros que, al observar cómo las células de un organismo vivo presentan fenómenos vitales, les atribuyen las cualidades de la vida consciente y volitiva, diciendo que todo organismo es una colonia de organismos más simples, y que "la conciencia colectiva, ó del yo, de la colonia se compone de la conciencia particular de las partes... ¿Háse visto nunca afirmación tan opuesta á la más ligera observación de la conciencia individual? En cierto modo, ¿no produce el mismo

(1) *Philos. pos.*, III, 423.

(2) *Ibid.*, I, 131.



efecto que si un astrónomo dedujera del constante volteo de los mundos en el espacio, que cada uno de ellos, estaba dotado de vida con voluntad y con conciencia de sus actos?

Los materialistas, que no son capaces de salir de la materia que les abruma, ¿dónde creéis que van á estudiar el espíritu? ¿en sus manifestaciones, en los fenómenos de la conciencia, allí donde se presenta y dá pruebas de su actividad? esto sería lo lógico. Oid, sin embargo, á uno de ellos: "Si yo analizo químicamente el cerebro, consigo descomponerle en diversos elementos materiales y no hallo otra cosa... Luego el principio del pensamiento es la materia, no el espíritu." Pero ¿no entendemos por espíritu algo que es inmortal? entonces ¿cómo se le ha de encontrar con la química? Resulta más claro decir que "es inconcebible una vida espiritual sin cerebro," y que tienen que figurarse á los espíritus "como vertebrados en estado gaseoso,"; pues de este modo sólo queda en pie su deseo de que no exista el espíritu. Para justificar ese deseo, tal vez tengan sus motivos, pero sería de desear que no trataran de hacer pasar por ciencia sus aspiraciones.

¿Nos extrañará ahora la aparición de esos sistemas peregrinos que, aun chocando con el sentido común de la humanidad, tratan de explicarnos en tonos dogmáticos la naturaleza del mundo, del hombre y de Dios? ¿Nos extrañará que se trate de imponer los dogmas de la moral universal, de la moral utilitaria ó de la moral egoísta, que no son otra cosa que la negación de toda moral verdadera? "Sin metafísica, dice Hartmann, la ética es, á lo sumo, la historia natural de los intereses y de las aspiraciones humanas, considerada en sus consecuencias para la sociedad," (1). ¿Nos

(1) *La religión del porvenir*. Artículos publicados en la *Revista Europea*, 7 Enero de 1877 y ss.

extrañará que en el derecho ande vacilante el concepto de ley; desde los que la consideran más ó menos respetable, hasta los que dicen que es una red con que los menos tiranizan á los más?

La misma ciencia queda falta de base, aun sin salirnos del mundo corpóreo, como quieren los positivistas. Al no ocuparse más que de los fenómenos que pueden ser percibidos por los sentidos, prescinde de las ideas de ente, causa, finalidad, substancia, accidente, que son los cimientos de todo edificio científico. Con lo cual, como dice Naville, reducida la idea de la ciencia á la que era propia de la física y de la química en sus principios, resulta inaccesible á un positivismo consecuente la parte más elevada de la verdadera ciencia (1).

¿Y qué diremos del arte? Lo hemos visto: perdida la idea de la belleza, sin ideal que le dignifique, acabarán por dar fin de él un idealismo enfermizo y un realismo grosero.

Más aún: hemos demostrado que existe una confusión completa en los dominios del espíritu humano. Para muchos, la razón no se diferencia de la sensibilidad, ni ésta tiene por qué subordinarse á otros principios morales que los de la ética utilitaria, que equivale á una mecánica de intereses; la ciencia pretende anular á la religión y al arte; el arte á la religión y á la moral; y algunos, pasando de confusión en confusión, llegan á negarlo todo y á proclamar el nihilismo, es decir: á suprimir todas las relaciones entre todas estas esferas del pensamiento y de la realidad.

El género humano no ha llegado al extremo de aceptar todas las consecuencias que se siguen del abandono de la Metafísica; porque la naturaleza reivindica

(1) Obra citada, ps. 88 y 89.



siempre los designios de su Autor, para que la destrucción social no llegue á los cimientos, ni siquiera á las primeras hiladas, de la gran fábrica construida por la mano de Dios. Mas ya estamos presenciando la pérdida de los ideales que han guiado á la humanidad por el camino de la vida, encontrándonos, en cambio, con un afecto exagerado por lo sensible y lo empírico; con un realismo burdo, caracterizado por la superficialidad, movilidad, versatilidad, vanidad y presunción. Únicamente los hechos parecen tener fuerza para imponerse á la muchedumbre; su gran número quita tiempo para pensar en los principios; la manera de vivir tan rápida que imponen los adelantos de la técnica, de la industria y del comercio, no da lugar á la reflexión; el público sólo se satisface con impresiones superficiales que no exijan esfuerzo intelectual. Entre las mismas personas que se dedican al estudio, la mayoría concede excepcional importancia á cuestiones insignificantes y de detalle, abandonando, como si fuera cosa baladí, el estudio de los problemas más importantes de la vida, ó dándoles, como hemos visto, soluciones cuyos errores saltan á la vista menos penetrante; y mientras se desechan sin exámen los dogmas del cristianismo, se trata de sustituirlos con lo que llaman *artículos de fe científicos*, entre los cuales, para no citar más que uno, está "la creencia en el principio de la unidad de todos los fenómenos naturales, como sostiene el Monismo," (1).

Y este afán de no ocuparse más que de lo empírico, le hemos visto manifiesto, cuando unos afirmaban que lo único que quedaba en pie era la ciencia, esa ciencia peculiar suya, ciencia de los hechos; y los otros

(1) Häckel, *El Monismo*, notas (1).

decían que sólo el arte, es decir: un arte también especial, individual, sin principios.

Tales desvaríos no serían posibles si se cultivara la Filosofía. Este estudio, al señalar y definir la jurisdicción de las manifestaciones intelectuales, en los respectivos dominios de la realidad, nos haría reconocer que ni la ciencia puede alcanzar más fines que los puramente científicos, ni al arte se le debe asignar objeto alguno que no esté inmediatamente relacionado con los nobles ideales estéticos. Nos haría ver que es absurda la pretensión, defendida por muchos sabios y artistas de nuestros tiempos, de resolver problemas de un orden determinado con datos pertenecientes á una esfera completamente distinta. Nos haría confesar que si bien las ciencias de la naturaleza tienen una misión altísima que cumplir, dentro de la vida humana, esa misión es concreta y determinada. Mejorar las condiciones de nuestra existencia, haciendo más llevadera nuestra peregrinación por la tierra; satisfacer ampliamente las necesidades de nuestra naturaleza; aumentar las comodidades de la vida; y, sobre todo, mitigar la sed insaciable de saber que ha constituido en todos los tiempos una de las necesidades del espíritu humano: todos estos son títulos muy altos para que la ciencia pretenda rebasar el límite de su jurisdicción, aspirando ridículamente á resolver cuestiones que no la incumben.

Y no se nos diga, con los positivistas, que todos esos grandes descubrimientos, tan dignos de admiración, que si no nos causan asombro es por lo familiarizados que con ellos estamos, son debidos al abandono de la Metafísica, á la limitación del dominio de la ciencia al campo de lo real, lo positivo, lo útil. Esto es un error: esos descubrimientos se deben al colosal impulso que había recibido el espíritu humano de los siglos anteriores. ¡Quién podrá calcular lo que hoy se-



ría el mundo y lo que serían las ciencias, si éstas no se hubieran emancipado de la Metafísica!

Pero además hay que tener en cuenta, que estamos en presencia de un fenómeno frecuente en la historia de los conocimientos humanos. "El ojo de la humanidad es tan limitado, que no puede á la vez contemplar los objetos por todas sus partes, y, mientras vigila y contempla por un lado la verdad, parece como dormido y cerrado para los demás," (1). De modo que, aunque es cierto que son admirables los progresos de las ciencias naturales en los últimos siglos, también lo es que, con el abandono de la Metafísica, hemos retrocedido en las ciencias racionales. Y, verdaderamente, una ciencia, ha dicho Macaulay, que enseña á mitigar los dolores, es inferior á la ciencia que enseña á no sentirlos y á conservar en medio de ellos la alegría y el gozo, la paz y la satisfacción del espíritu; una ciencia, que, enseñando á explotar la propiedad de la tierra, la deja indefensa, es inferior á la que enseña á respetarla (2). En efecto, en medio de los adelantos de la Medicina y de la Técnica, el coeficiente de felicidad en esta vida sobre la tierra, no ha aumentado. Lo único que ha resultado del abandono de la Metafísica ha sido el que no se vea, ni piense, ni quiera más que lo sensible, y se conviertan los medios en fin. Se pretende satisfacer el ansia de felicidad que el hom-

(1) Martínez, *Discurso de apertura*

(2) Macaulay, *Essays*.—Campoamor, con su gracejo habitual, expresa esta misma idea: «Llamo hermanos mayores á los filósofos, dice en *El Ideísmo*, y menores á los naturalistas, porque un candil con aceite de ballena colgado de la nariz de un metafísico, siempre dará más luz al mundo que todos los inventos hechos sobre esa luz eléctrica que acabará por hacer de la noche día».

bre siente, con las aplicaciones de las ciencias que tratan de hacer la existencia agradable; pero no se consigue otra cosa que aumentar las necesidades y caminar de decepción en decepción. Y es natural que tal suceda: ¿cómo se ha de satisfacer un deseo infinito con medios finitos? Así lo confiesan todos los hombres reflexivos, que no se limitan á razonar por impresiones: todo esto, decía Heine, "hace más larga la cadena de nuestra esclavitud,"; y Hartmann, "cuanto más se multiplican los medios de que la humanidad dispone para hacerse la existencia agradable, más se convence de la imposibilidad de superar de este modo la angustia de la vida, y de alcanzar la felicidad, ni siquiera la satisfacción," (1).

La rápida propagación del positivismo demuestra que la sociedad estaba en circunstancias apropiadas para admitirle, y que Comte no hizo más que expresar públicamente y dar unidad á las tendencias que entonces predominaban en Francia. El mismo Littré afirma que todos se apropian esas ideas "sin saber frecuentemente de dónde proceden," (2) y que, al proclamarse el positivismo, "el plasma existía ya lleno de vida y fertilidad," siendo "su poderoso aliado la decadencia del espíritu teológico y metafísico," (3).

Se comprende esta situación teniendo en cuenta que los miasmas de muerte, producto de la descomposición de aquella hidra de cien cabezas del 89 que Napoleón se encargó de cortar, se habían esparcido por Europa y estaban produciendo sus efectos. En aquella locura sin ejemplo en la historia, cuando se mataba á los reyes, príncipes, nobles, sabios y ricos, "por ser

(1) *La Religión del porvenir*.

(2) Circular de Littré en *Revue phil. et rel.* 1 Diciembre de 1857.

(3) Revista titulada *Philosophie positive*, XVIII, 109; *Principes de philosophie positive*, p. 73.



culpables de haber vivido,, fué proclamada en medio de una algazara general, la soberanía de la razón humana; entonces fué ascendida á la cúspide del pensamiento la humilde y pudorosa *ancilla fidei*. La nueva soberana no se contenta con menos que con rasgar, de una vez para siempre, el oscuro velo que oculta los misterios del santuario teológico. Pero, no sólo no cumple lo prometido, sino que se encuentra sin fuerzas para resolver los problemas metafísicos; y, en lugar de confesar su incapacidad para hallar las soluciones que se la piden, acude á la filosofía del paganismo, disfraza, según el gusto de la época, el panteísmo y el subjetivismo y con ellos acalla á sus adoradores. El espíritu humano, ya descontento con la afortunada soberana, no se dió por satisfecho con estas soluciones; y, no queriendo volver á la Escolástica, se sirvió del criticismo para socavar los cimientos del poderío de la razón, proclamando su impotencia absoluta, no ya para solucionar los problemas metafísicos, sino hasta para conocer los objetos que nos rodean. Como el hombre poseía conocimientos á los que no podía alcanzar la duda, esa situación era insostenible; y tuvo más éxito la escuela positivista que, aunque siguió negando la posibilidad de llegar al conocimiento de las primeras causas, afirmó la de conocer los fenómenos materiales y las leyes de observación. Se habían cortado al espiritualismo las poderosas alas de la filosofía escolástica, y las de cera de la nueva filosofía se derritieron al calor de todas las concupiscencias; la ciencia pseudo-espiritualista, como el Icaro de la fábula, se despeñó en el cieno del positivismo, donde Dios sabe hasta cuándo encontrará placer nefando en revolcarse.

Pero ¿á qué fué debida la revolución francesa? Esta catástrofe de instituciones, delirio homicida bautizado de fraternidad, no fué más que la explosión

de aquella filosofía revolucionaria de los literatos y abogados, como los califica Comte, del siglo XVIII; dotados los unos de facundia corrosiva, los otros de gracia y todos de intención depravada: pseudo-filósofos incoherentes, sin lógica ni fundamento, en los que ya se notan dibujados los rasgos principales de los caracteres que hoy perturban la sociedad y el mundo. Ellos mismos se encargaron de transmitirnos su retrato moral. El de Voltaire quedó estampado en su frase "la gracia en el decir vale más que lo que se dice,,. Rousseau nos describió la vanidad exagerada y el amor propio sin límite que distinguen á los sabios aparentes de todas las épocas, dejándonos un criterio exacto para juzgar sus teorías en el siguiente párrafo, que no tiene desperdicio: "Todo sabio desdeña el sentimiento vulgar... Cada uno sabe bien que su sistema no está mejor fundado que los de los otros, pero él le defiende por ser suyo. No hay ni siquiera uno que, aun llegando á conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera la falsedad que ha encontrado á la verdad descubierta por otro. ¿Dónde existe un filósofo que, para su gloria, no sea capaz de engañar voluntariamente á todo el género humano? ¿Dónde está el que, en el secreto de su corazón, se proponga otro objeto que el de distinguirse? Con tal de que se eleve sobre lo vulgar, con tal de que oscurezca el brillo de sus concurrentes ¿qué otra cosa puede desear? *Lo esencial es pensar de distinto modo que los otros*, (1). Este es el hombre que despreciaba á los hombres en general, "sin duda, dice Campoamor, porque empezaba á despreciarse á sí mismo en particular,,; y debe reconocerse que no le faltaban motivos para ello.

(1) *Profession de foi du vicaire savoyard.*



Pero el filosofismo no hizo más que vulgarizar el deísmo inglés del siglo XVII. Para caracterizarle bastará fijarnos en Hobbes; aquel sensualista, que no admite distinción entre el bien y el mal, ideas que deduce de las de placer y dolor; aquel misántropo, que supone, en el estado natural, á todo hombre enemigo de otro hombre; aquel amoral, que no quiere más diferencia en las acciones humanas que la marcada por la ley civil; aquel adulador interesado de las tiranías parece que no tenía otro objeto, al esparcir doctrinas contrarias al individuo y á la sociedad, que satisfacer un *vivo deseo de volver del destierro á Inglaterra* (1).

Y ¿cómo es que esas doctrinas podían imprimirse, propagarse y ser aceptadas? Por la situación de las conciencias, creada por la revolución religiosa del siglo XVI. Estamos en presencia del Protestantismo, cuyo principio esencial del *libre examen* puso el fundamento de toda filosofía revolucionaria, y puede considerarse como el primer órgano sistemático del espíritu de emancipación; no siendo otra cosa todas las ideas revolucionarias que la aplicación á la filosofía del principio protestante del *libre examen*. Esto no somos nosotros quienes lo afirmamos; lo ha dicho el fun-

(1) «Volviendo de España pasé por París, dice Lord Clarendon; Hobbes, que me visitaba con frecuencia, me dijo que estaba imprimiendo en Inglaterra su libro, que quería intitular *Leviathan*, del cual recibía cada semana un pliego de pruebas para corregir, y que pensaba tenerle concluído dentro de un mes. Añadió que ya sabía que al leer yo su libro no me había de gustar, ind cándome al propio tiempo algunas de las ideas que contenta; y como yo le preguntase por qué publicaba semejantes doctrinas, me respondió, después de una conversación medio seria, medio en chanza: *La verdad es que deseo vivamente volver á Inglaterra.*» (Citado por Dugal I-Stewart *Hist. de la Filos.*, p. I.)—Balmes, que reproduce este pasaje en su *Filosofía elemental*, añade que al volver Hobbes de la emigración fué bien recibido por Cromwell.

dador de la escuela positivista moderna, Augusto Comte (1).

Desde el punto de vista intelectual, sigue diciendo Comte, el protestantismo introdujo un espíritu de libertad ilimitada y de *anarquía* (2). Él hizo que, hasta en los países católicos, la potestad temporal se apropiara cada vez más los derechos de la espiritual (3); y como el poder temporal es incompetente en el dominio del espíritu, no pudo poner á la libertad en las cosas espirituales otro freno ni otros límites, que los que eran inmediatamente necesarios para la conservación del orden material. Así es que, enfrente de la dictadura del poder temporal, que iba á reunir ambas atribuciones, la libertad de conciencia se impuso como una condición necesaria para el desarrollo ulterior de los selectos de la humanidad (4).

Tenemos pues explicado cómo se llegó á la soberanía de la razón, á su autonomía, que es otra de las causas que nos han traído el desequilibrio mental que hemos bosquejado.

La autonomía de la razón no es más que una consecuencia del principio protestante del *libre examen*, aplicado á toda clase de conocimientos. Ella conduce á la afirmación de que la necesidad é inmutabilidad de las leyes del pensamiento tienen su fundamento en el pensamiento mismo. Mas ¿qué prueba se exhibe de esta grave afirmación? Prueba... ninguna. Ni es posible que se encuentre: la experiencia desmiente categóricamente este principio; por eso, á renglón seguido, y no obstante la contradicción que supone, se asienta igualmen-

(1) *Philos. pos.*, V. 639, 637 y 638.

(2) V. 641.

(3) V. 585.

(4) V. 644 y s.



te, igualmente sin prueba, que el valor de nuestros conocimientos es esencialmente mudable. Es, pues, la autonomía de la razón una suposición gratuita. Y, sin embargo, en nombre de la autonomía de la razón, á título de emancipar la inteligencia humana del yugo de la religión, ¡se levanta bandera contra *la ciencia con prejuicios* de los católicos!: ¡como si la revelación fuera enemiga de la ciencia!

La ciencia sin prejuicios es una frase de efecto á la que no corresponde nada en la realidad. Formada con palabras que expresan conceptos inconciliables, resulta tan vacía de sentido como si dijéramos *efecto sin causa, edificio sin base, elipse sin curvatura, círculo triangular*. Aunque se reduzca la ciencia á una mera exposición ¿no es preciso suponer de antemano que á las palabras corresponden conceptos y á los conceptos realidades? ¿No es necesario presuponer en toda ciencia ciertas verdades evidentes, que son como el fundamento de todo conocimiento cierto y base de toda demostración? La misma idea de ciencia sin prejuicios es el mayor de todos los prejuicios: ya se admita sin demostración, ya se trate de demostrar, pues en este caso habría que suponer nuevos *prejuicios*.

La autonomía abandona á la razón á sus propias fuerzas; y éstas son tan débiles, que fácilmente predominan las alucinaciones del error. No hay que forjarse ilusiones. No se trata de lo que la razón humana puede, sino de lo que ha hecho. La historia de todos los tiempos nos ofrece una prueba evidente de que la razón, destituida de la lumbre de la fe, ha caído en los errores más atroces é inhumanos, en todo cuanto más interesa al individuo y á la sociedad. ¿Qué ha hecho, en los tiempos modernos, desde que se declaró autónoma? Lo hemos dicho: sus errores la llevaron al descrédito

y á la bancarrota. Todas las escuelas convinieron en una sola cosa, en que ninguna convenía con las demás. La misma inmensa variedad de opiniones que hoy existe, es prueba de lo que venimos afirmando. Se llega á serviles afirmaciones ó á desconsoladoras negaciones, sin fundamento para ninguna de ellas. Es frecuente eludir el problema capital del humano destino: si preguntais acerca de la Providencia y vida futura, se os contestará, con Goethe, que el objeto de la vida presente consiste en perfeccionarse: ¡como si esa idea de un progreso vago é indeterminado pudiera satisfacer jamás las aspiraciones humanas! Algunos emprenden fatigosas marchas en busca del *más allá*; pero se ven obligados á regresar sin esperanza y sin consuelo. “Llegará día, dice Guyau á este propósito, en que en todos los corazones se despertarán las cuerdas graves y aun las dolorosas y pedirán vibrar como vibraron antes en los corazones privilegiados de Heráclito y de Jeremías,, (1). He ahí el resultado de todos los esfuerzos: una duda horripilante que aprieta y retuerce el corazón.

Mas entre los antiguos ¿qué verdades descubrieron los chinos Lao-tse y Con-fu-tse? ¿dónde están las que encontraron los sabios de los colegios sacerdotales de Egipto, los gimnosofistas indios, los magos persas y los filósofos griegos y romanos? ¡Qué de disputas entre sí, qué de crasos errores! De la lectura del diálogo de Luciano *Bis accusatus* (2), se saca una impresión penosa acerca de la gran falibilidad de la razón humana. Y cuenta que por lo que respecta á la organización de la enseñanza filosófica, al deseo de saber y al entusiasmo por la sabiduría, llegaron á donde los mo-

(1) *La irreligión del porvenir.*

(2) C. 2 y ss.



ernos no han podido llegar en sus escuelas. A pesar de lo cual, ni estuvieron nunca de acuerdo sobre el fin del hombre, ni en los fundamentos de la moral, ni en los principios más generales de la virtud, probidad y honestidad; ni propusieron motivo alguno valedero para excitar al hombre al cumplimiento del deber y retraerlo del vicio.

No debemos cerrar los ojos á la luz de las enseñanzas de la historia, que nos habla con toda la evidencia de los hechos. Reconozcamos, pues, que, si bien la razón humana, en el orden material, va ensanchando sus dominios hacia lo indefinidamente grande y hacia lo indefinidamente pequeño, dirigiendo alguna de las fuerzas naturales que á su paso encuentra, y transformando la superficie de la tierra, en el orden moral no ha dado un solo paso que no haya sido un tropiezo: parece condenada, cuando se separa de lo absoluto de la fe, á recorrer un *lituus* ó una espiral logarítmica, aproximándose cada vez más á su punto asintótico; y presentando, en las distintas vueltas, las mismas fases de todos los errores por que ya había pasado.

Mas no es esto sólo; la autonomía de la razón supone una soberbia desmedida que la adula y engríe, fingiéndola autora y creadora de la verdad. La proclamación de la autonomía, es la proclamación del satánico *non serviam*, es la obstinación contra la verdad, es una ceguera voluntaria.

¡Dios habló y su palabra iluminó la tierra! Bien está el pleno ejercicio de la razón—que para eso de Dios la recibimos—; mas no caigamos en la pretensión insana de obtener racionando verdades superiores al alcance del humano entendimiento. Hartas pruebas racionales tenemos para confirmarnos más y más en la armonía de los conocimientos obtenidos por la potencia intelectual, con aquellos otros que se fundan en motivos de

superior credibilidad: *rationabile est obsequium fidei*.

La autonomía, participando del odio del libre examen de que procede, va prevenida contra la verdad. Tan prevenidos y preocupados se hallan algunos contra las *baratijas tradicionales*, como llama Nietzsche á la ciencia antigua—es decir: á la cristiana—, que muestran á las claras no tener otro fin en sus libros, en sus estudios, en sus investigaciones, que arrancarla del corazón del pueblo y borrarla de su memoria; y el que más ha logrado en este sentido, más se acerca á la región imperecedera de los superhombres, en donde viven los espíritus grandes, los grandes hombres. Nietzsche, en cierto lugar, se lisonjea y deleita consigo mismo, vanagloriándose, con sonrisa entre inocente y de sátiro, de esta obra demoledora, en la que toma parte con el fin, no de pagar tributo á la verdad (él mismo lo confiesa paladinamente), sino de satisfacer sus odios diabólicos. En esta labor todo es lícito, todo permitido. Ora hacen de tigres, ora de raposas y culebrones; ya se visten de comediantes, ya de necios y ladinos: mintiendo á todo mentir, mintiendo á sabiendas y de propósito (*wissentlich, willentlich*), haciendo uso de la retórica y de la poesía, para desfigurar el pensamiento y ocultar la intención. ¿La verdad? ¡Ah, poco importa! Lo esencial es hacer presa en las ideas cristianas: causar ruinas, tajar, cortar, destruir á todo trance (1).

(1) El pasaje es tan característico, que lo transcribiremos íntegro del original alemán.

Dice hablando consigo mismo Zarathustra:

«Der Wahrheit Freier? Du?

Nein? Nur ein Dichter!

Ein Tier, ein listiges, raubendes, schleichendes,

Das lügen muss,

Das wissentlich willentlich lügen muss:



Estamos, pues, ante la rebeldía contra Dios, ante una soberbia inhumana al servicio del egoísmo más desenfrenado, hijo de un orgullo insensato que pretende, en su locura, volcar los altares de Dios para erigir los de la egolatría.

Y, claro está: los dogmas que supone ese culto son, en literatura: el desbordamiento de las pasiones más torpes; el encono atrabiliario contra todos los respetos tradicionalmente aceptados por el buen sentido de las gentes; la agresión, ya sañuda, ya hipócrita, pero siempre altanera y aviesa, contra los bien merecidos y fundamentados prestigios; aquel ciego atropello y bárbaro destrozo con que se invade y arrasa el campo de las reputaciones más legítimas, acometiéndolas lanza en ristre como Quijotes, no de la razón y del derecho, sino de la envidia corrosiva, cuyo fuego se alimenta con un amor desapoderado y un aprecio irracional de sí mismo, y con una desestimación odiosa y fanática de los demás.

A nadie extrañará ya que el ideal progresista de estas gentes sea el nihilismo más que demoniaco, cuya fórmula ha dado Nietzsche admitiendo, como tér-

Nach Beute lüestern,
Bunt verlarvt,
Sich selber Larve,
Sich selbst zur Beute—
Das-der Wahrheit Freier?
Nein! Nur Narr! Nur Dichter!
Nur Bunt es redend,
Aus Narrenlarven bunt herausschreiend,
Herumsteigend auf lügnersischen Wortbrücken,
Auf bunten Regenbogen,
Zwischen falschen Himmeln
Und falschen Erden
Herumschweifend, herumschwebend—
Nur Narr!—Nur Dichter!

mino y meta del progreso la oligarquía aniquiladora que consiste en la destrucción de la humanidad por una minoría de energúmenos, cuyos títulos de imperio son *la superhomía*;—y perdonadme el neologismo en gracia de la gráfica exactitud. Decidme si, al lado de estos delirios, no resulta entretenimiento pueril, distracción inocente, el incendio de Roma por Nerón, que, de monstruo que le califica la historia, se convierte en una especie de genio benigno y tutelar.

Por eso la razón es ahora dardo venenoso asestado contra toda verdad, contra la moral y el derecho, contra Dios y el mundo, contra lo bueno y lo malo. Así se comprende el abandono de la metafísica, el que la ética quede reducida al goce, el arte á lo raro, la política á la anarquía, la religión al ateísmo. Esto nos explica los ataques de la ciencia autónoma á la religión, la moral y el arte.

“Un hecho hay, dice Balmes, en la historia de las ciencias, que al propio tiempo que revela la intrínseca debilidad del entendimiento, hace palpar lo mucho que entra de lisonja en los desmedidos elogios que á veces se le prodigan; infiriéndose de aquí cuán arriesgado sea el abandonarle del todo á sí mismo, sin ningún género de gufa. Consiste este hecho en las sombras que se van encontrando á medida que nos acercamos á la investigación de los secretos que rodean los primeros principios de las ciencias: por manera que, aun hablando de las que más nombradfa tienen por su verdad, evidencia y exactitud, en llegando á profundizar hasta sus *cimientos*, parece que se encuentra un terreno poco firme, resbaladizo, en términos que el entendimiento sintiéndose poco seguro y vacilante, *retrocede* temeroso de descubrir alguna cosa, que lanzara la incertidumbre y la duda sobre aquellas verdades en cuya



evidencia se había complacido,, (1). Y como esto no se tiene en cuenta, estamos viendo que, en la investigación de esos "cimientos,, la razón flaquea y se presenta el *escepticismo*, aun en los principios que informan las ciencias admitidas siempre como más evidentes. Esta es la obra de la autonomía, el resultado de la ciencia sin prejuicios: vamos camino de presenciar la caída de la razón herida con sus propias armas. "Las leyes morales, tienen igual valor para la ciencia que para la vida práctica,, (2).

Confesemos, pues, nuestra impotencia,—bastantes lecciones amargas hemos recibido del orgullo—y aprendamos "á dirigir, como á último término, toda nuestra labor científica á la mayor gloria y exaltación del nombre de Cristo, á instaurarlo todo en ese nombre, á hermanar en estrecho y fecundísimo abrazo la ciencia sagrada y la profana, á no llamar ciencia á lo que no es más que deslumbramiento y trampantojo, y á no temer tampoco con pueril y apocado recelo ninguna verdad científica, ni estudio alguno que lo sea de veras, porque ¿cómo una verdad ha de ser contraria á otra verdad, ni una luz á otra luz? ¿Ni cómo ha de merecer nombre de ciencia la que se insurrecciona y levanta contra Dios, piélago inexhausto de luces y océano inagotable de verdades?, (3).

El desenfreno de la razón autónoma es tan evidente, que le reconocen hasta los porta-estandartes del modernismo, y tratan de buscar remedio á tanta indisciplina. Oigamos al judío Nordau: "Nuestra república de las letras no está ni gobernada ni defendida; no tiene ni *autoridades* ni *policía*, y por esto es por lo que un peque-

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, t. I.

(2) Liebig.

(3) Menéndez y Pelájo, *Crítica literaria*.

ño bando de malhechores resueltos puede despacharse á su gusto,, (1). Quiere que se establezca una autoridad constituida por los ancianos. "Nuestros maestros, dice, no se preocupan de su posteridad, como antaño era costumbre... Con esto se obtendría mucho: continuidad de desarrollo, formación de una tradición literaria, respeto y agradecimiento hacia los predecesores, supresión severa y precoz de los individuos que tengan pretensiones absolutamente injustificadas,, (2). Sigue después pidiendo una policía literaria: "Y del mismo modo que no tenemos un *Consejo de los ancianos*, carecemos también de toda policía crítica. Un autor de reseñas puede alabar la producción más miserable, matar por el silencio ó arrastrar por el lodo la más elevada obra maestra, citar como contenido de un libro cosas de las cuales no dice ni una sola palabra—nadie estigmatiza su ineptia, su descaro ó su mentira. Ahora bien: un público que no está ni guiado, ni aconsejado por sus ancianos, ni protegido por su policía crítica, es la presa predestinada de todos los charlatanes y de todos los impostores,, (3).

En otra parte trata de evitar que se especule con la inmoralidad, y, al efecto, propone la formación de una sociedad con los hombres más calificados del pueblo. "La condena de obras que especulan sobre la inmoralidad debe emanar de hombres cuya ausencia de prejuicios, la libertad de espíritu, la comprensión y la independencia, no puedan ser puestas en duda por nadie... Que una sociedad... se haga el guardian voluntario de la moralidad del pueblo... Cuando semejante sociedad, en la cual entrarían precisamente á este efecto *los hombres más calificados* del pueblo, dijese de un

(1) O. cit., II. 457.

(2) Ibid.

(3) Ibid., II. 458.



hombre, después de una seria información y con la conciencia de su pesada responsabilidad: "¡Es un criminal!", y de una obra: "¡Es una vergüenza para nuestro país!", obra y hombre quedarían aniquilados.,. (1)

Pero, en este particular, nadie tan explícito como Comte. Vamos á extractar algunos pasajes de su *Filosofía* que con esto se relacionan. Una autoridad espiritual es una necesidad social (2). Esto se demuestra por la ley del desarrollo, según la cual la vida espiritual es superior á la activa. El elemento espiritual debe estar representado suficientemente en la dirección de la sociedad. Desde el punto de vista moral, la absorción de lo espiritual por lo temporal es un retroceso hacia la barbarie. La moral no puede estar subordinada á la política. La separación de las potestades es, bajo todos respectos, el principio social necesario de la elevación espiritual y de la dignidad moral (3). Los prejuicios revolucionarios, cuyo predominio es un grande obstáculo para el progreso, miran con prevención ciega la potestad espiritual (4). Esto no obsta para que, dentro de la misma revolución, predominen los elementos espirituales, aunque naturalmente de una manera defectuosa y perjudicial. Los literatos y metafísicos se constituyen en adalides especulativos de la humanidad, aun cuando frecuentemente carecen de toda capacidad espiritual y moral. Y como el progreso social exige que en el gobierno haya cada vez mayor influencia de los factores morales enfrente de los políticos, el malestar se deja sentir cada día con mayor fuerza (5). Este poder espi-

-
- (1) *Ibid.*, II. 495 y s.
(2) F. P., VI. 521.
(3) VI. 525.
(4) VI. 521.
(5) VI. 530 y s.

ritual debe ser excluído de la dirección inmediata de negocios mundanos; pero debe ser un correctivo para esos negocios mundiales: haciendo predominar la supremacía social de la moral sobre lo material (1), recordando á las diferentes clases sociales sus deberes morales (2). Para resolver los conflictos sociales no hay que buscar la llave en la introducción de instituciones políticas nuevas, sino en la transformación adecuada de ideas y costumbres (3). Con esto queda probada la necesidad, y expuestas las tendencias generales de la nueva potestad moral (4). Sus medios están compendiados en la palabra educación; mientras que el fin de la potestad temporal lo está en la palabra acción (5).

¿Y quién pensáis que ha de ser el órgano de esta autoridad? Un *Comité* de sabios: en él entrarán representantes de todas las clases sociales; concretando por el momento la representación á cinco naciones, únicas que Comte cree suficientemente preparadas para aceptar su sistema (6). El comité se encargará de la dirección espiritual de la sociedad: se someterán todos los conceptos á su *aprobación*: fundará colegios filosóficos: difundirá la educación por palabra y escrito; y transformará la vida práctica con nuevas costumbres (7). Con él se propone satisfacer la gran necesidad que siente la sociedad, en medio de la solidaridad de los pueblos europeos, de una mayor unidad; la cual, dice, solo se puede obtener por medio de la educación y de la potestad espiritual.

-
- (1) F. P., VI. 536.
(2) VI. 540.
(3) VI. 538.
(4) VI. 542.
(5) VI. 544.
(6) VI. 626 y ss.
(7) VI. 544.



El expediente de Comte y el de Nordau, para prevenir la anarquía mental de la época, son soberanamente ridículos. ¿De qué fuente nacería la autoridad de esos tribunales? ¿Qué fianza ofrecerían en seguridad del cumplimiento fiel y acertado de una misión tan transcendental y delicada? ¿Quién impondría la sanción suficiente á sus fallos? ¿A qué intrigas no darían lugar, así en su formación y organización, cómo en el nombramiento de esos nuevos areopagitas? Ciertamente que todo el que tuviera alguna ilustración se creería con derecho á formar parte del comité de que nos habla Comte. En una época de individualismo tan feroz como el que hoy tenemos ¿quién se allanaría á respetar las disposiciones de una tal autoridad? Pero, en medio de ser ridícula la proposición de Nordau y Comte, nos demuestra la necesidad de una autoridad espiritual que, admitida por la mayoría, hiciera desaparecer el desequilibrio que lamentamos.

Resulta además extraño que proponiéndose Comte difundir la educación y mejorar las costumbres, no se le ocurriera volver á la Teología: después de haber reconocido y confesado que la moral, desde la caída de la Teología, carece actualmente de todo fundamento racional (1), siendo evidente que, por muchas disposiciones que se dieran, no había de presentarse el fundamento racional que, según dice, se encuentra en la Teología. No se comprende tampoco cómo, después de recomendar al *comité* que dé á la educación un carácter universal, según ejemplo de la instrucción religiosa de la Edad Media católica (2), no vió que el propio órgano, es decir, la Iglesia, que realizó la educación con

(1) F. P., VI. 555

(2) VI. 544 y ss.

carácter universal, podía continuar en la actualidad la misma obra educadora. Tanto más, cuanto que él mismo reconoce una admirable actividad de la Iglesia católica en la Edad Media; que fué cuando ejerció verdadera autoridad. Para que se vea lo explícito que es en este punto, vamos á indicar alguna de sus afirmaciones referentes al aspecto intelectual y moral, es decir: el aspecto que él trata de encauzar y cuya dirección se impone como necesaria. Hay que hacer resaltar, dice, la sabiduría educativa de la Iglesia. El Catolicismo fundó un sistema de educación universal, en el terreno intelectual y muy principalmente en el moral, que se extendió á todas las clases de la civilización europea. (1) Incansable se mostraba la Iglesia en promover, de todas las maneras posibles, la instrucción del pueblo: la acusación contraria contra la Iglesia, es absolutamente irracional é injusta (2). El Catolicismo otorgó á la moral la supremacía social (3), y perfeccionó todas las ramas esenciales de la moral (4): no solamente la moral personal, sino la de la familia (5) y la social (6). Bajo este último aspecto, reguló el patriotismo y las relaciones internacionales; mitigó los males sociales, frente á los cuales la moderna filantropía tiene que declararse en bancarrota. Además redujo á solidaridad social los diferentes tiempos, por la canonización de los santos, en sustitución de las apoteosis paganas (7). Desde el punto de vista inte-

(1) F. P., V. 365.

(2) V. 370.

(3) V. 427.

(4) V. 435.

(5) V. 439.

(6) V. 445.

(7) V. 448.



lectual, una crítica metafísica huera, cuyo primer órgano fué el protestantismo, ha estigmatizado ignorantemente estos maravillosos tiempos, como tiempos del obscurantismo (1). Esta locura se refuta con solo considerar que todo el vuelo espiritual, filosófico, científico, estético y hasta industrial procedió de Italia, centro del Catolicismo, y allí también tuvo su apogeo (2). El Catolicismo ejerció un influjo muy saludable, así en filosofía como en las ciencias de observación, en la estética y en la industria (3).

Siendo esto así, ¿cómo no se le ocurrió á Comte que no era necesario crear un órgano que ya existía, y cuyo funcionamiento fué, según confiesa, verdaderamente admirable? ¿No será mucho más factible el acatar esa autoridad, que tratar de constituir otra cuyos inconvenientes y resultado nulo la harían inútil? Además, no hay ejemplo en la historia, de una autoridad espiritual que, cual la Iglesia, haya desempeñado su cargo de un modo tal que cause admiración. Esta autoridad no está en manos de los *literatos* y *metafísicos* que, á pesar de ser detestados por Comte, necesariamente habrían de formar su *comité*. La Iglesia presenta los títulos de su jurisdicción, emanada del mismo Dios, fuente de toda autoridad. La sanción de sus fallos está en manos de Aquel que todo lo puede. En su formación y organización no se dá entrada á las intrigas. Finalmente, si se considera que esta autoridad es de origen divino, desaparecen los inconvenientes que pudiera tener la razón para someterse á una autoridad creada por los hombres. "Mientras se encuentre, dice Balmes, una autoridad que en su ori-

(1) F. P., V. 451 y 470.

(2) V. 452.

(3) V. 657.

gen, en su establecimiento, en su conservación, en su doctrina y conducta, reuna todos los títulos que puedan acreditarla de divina, ¿qué adelanta el entendimiento con no querer sujetarse á ella? ¿qué alcanza divagando, á merced de sus ilusiones, en gravísimas materias, siguiendo caminos donde no encuentra otra cosa que recuerdos de extravíos, escarmientos y desengaños?," (1).

La tercera causa que, á nuestro modo de ver, viene á completar las dos anteriormente señaladas, es la sustitución de los verdaderos principios pedagógicos por los derivados de la filosofía revolucionaria.

Tanto en la antigüedad pagana como en la cristiana, siempre han partido los pedagogos de los grandes ideales: los paganos fundamentaban la formación del niño sobre los cimientos que sustentaban á los pueblos mismos; y cuando vino el Cristianismo se cimentaron sobre las verdades inconcusas de esta religión, base y fundamento de toda la vida humana. El dicho de San Agustín *Fides precedit intellectum*, fué la máxima pedagógica de todos los pueblos civilizados. Pero la duda religiosa que inauguró el protestantismo, repercutiendo en la filosofía, hizo variar de sistema, y llegó, pasando por la filosofía, hasta la escuela. Así vemos que Montaigne, enfrente de la máxima de San Agustín, enfrente de la experiencia que cada uno puede hacer por sí mismo, la cual nos enseña cómo la actividad del niño comienza á ponerse en acción primeramente por medio de su total entrega al testimonio y fe en sus padres; que los juicios propios aparecen tarde en el hombre; y que es preciso fortalecer primero el alma con principios profundos: Montaigne quiere que

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, t. I



se deje á los niños desde luego pensar por sí mismos y criticar por sí mismos. "El maestro, dice, deje criticar al niño todas las opiniones, y no le meta en la cabeza nada que descansa solo en el testimonio de la autoridad. Propóngale las diferentes opiniones: ¿Puede elegir por sí mismo? tanto mejor. ¿No puede? que du- de., (1).

En las mismas ideas, que no creemos necesario repetir, insisten Locke y su plagiario Rousseau.

Así como Descartes dudó de toda verdad, hasta que llegó á su propia existencia y á la del mundo exterior; la pedagogía moderna no admite otro fundamento que la existencia de la humanidad y de la vida presente, tomando esta verdad como principio y fin del método. No se trata, pues, de formar al niño para buen cristiano, sino para la vida práctica y para el mundo. Nada de religión positiva; nada de Dios: estas ideas quedan abandonadas á la crítica del niño mismo.

Ahora bien, una pedagogía sin ideales, una pedagogía que abandona la inteligencia del niño al azar, ¿es de admirar que produzca una división intelectual tan grande como la que hoy existe? De esto ya se lamentaba Enrique Heine cuando decía: "Vivimos intelectualmente solitarios: cada cuál de nosotros, merced á una educación particular, y á lecturas dirigidas la mayor parte de las veces por el acaso, ha recibido una tendencia de carácter diferente: cada cuál de nosotros, como si estuviese moralmente disfrazado, piensa, siente y obra de diverso modo que los demás, y el no entenderse es tan frecuente, que la vida intelectual en común se hace difícil; y donde quiera nos encontramos extraños unos á otros, y como trasplantados á tierra extranjera., (2).

(1) Essais, II. 10.

(2) Citado por Menéndez y Pelayo, *Crítica literaria*.

Y es cosa muy de notar que este método no sirve para educar la voluntad: "Atender únicamente, dice Raumer, á las inclinaciones del niño, es corromperlos con una servil indulgencia... es descuidar su voluntad y considerarlos solo como capacidades personificadas, vegetativas y en desarrollo, con las que el maestro tiene que condescender siempre y á ellas él mismo subordinarse., (1). Un hombre que desde niño haya visto respetados sus caprichos, que no ha tenido que hacerse violencia para estudiar, que se le ha dejado sin freno alguno y sin más sanción de sus actos, como dice Spencer, que *las consecuencias inexorables ó las inevitables reacciones* (2): ¿qué extraño ha de ser que se entregue al abandono, y que resulte esclavo de sus pasiones? Pasiones que la pedagogía moderna, ni trata, ni puede tratar de reprimir, puesto que en ella se refleja la imagen de sus padres: el escepticismo de Montaigne; el sensualismo é indiferentismo de Locke; el estado de naturaleza pura, salvajismo y anarquismo de Rousseau; el deísmo de los filántropos; y el culto de todas las pasiones que supone el amor pagano de la vida, resucitado con el renacimiento (3), y propagado por el protestantismo. El método antiguo partía del principio de que lo preponderante en el hombre es la inclinación á lo malo; así que procura quebrantar el amor propio. El moderno, al contrario, supone preponderantes los nobles y buenos impulsos. De aquí es que el primero procedía de fuera á dentro, el nuevo de dentro á fuera; aquél procedía con rigor y disciplina

(1) *Gesch. der Pädagogik*, 282.

(2) *La Educación*, p. 191.

(3) «En el renacimiento comenzó el conflicto entre el amor pagano de la vida y el menosprecio del mundo». Eduardo Hartmann, *La religión del porvenir*.



externa, éste con la convicción: aquél quería hacer cristianos, éste hombres ¡como si el cristianismo fuera opuesto á la naturaleza!

Pero, además, el alma de esta pedagogía, son los principios de Rousseau, que se propone, en el *Emilio*, enseñar cómo se han de educar los hombres, para que sean dignos de la nueva época que él trata de inaugurar por medio de su *Contrato*: cómo se ha de sacar á las generaciones del estado contra naturaleza en que se hallan, al de verdadera y pura naturaleza—es decir, al salvajismo—de donde le había dislocado la sociedad perversa. Rousseau era consecuente con sus principios al proclamar el salvajismo y el anarquismo; pero no reflexionó que el hombre pervertido por la sociedad, á quien él pretendía volver al estado de naturaleza, era un hombre civilizado, dotado de un tesoro de ideas, de necesidades creadas á su sombra, de pasiones irritadas, y que, por lo mismo, tanto más menester había de los fundamentos y de la base que su pedagogía destierra de la formación del niño; como una nave, cuanto mayores son sus dimensiones, y mayor la carga que lleva sobre cubierta y más proceloso el océano en que surca, tanto más lastre necesita para no zozobrar en alta mar perdido el equilibrio. Debiendo notarse que el hombre civilizado y depravado, no es un hombre decaído que llega al salvajismo por haber disipado su cultura, sino un hombre que dispone de todos los medios de ruina y aniquilamiento que la civilización pone en sus manos.

Abandonado el individuo al embate de las pasiones, sin fundamentar su inteligencia, que queda como indefensa y aun desapercibida ante el peligro, resulta obvio y natural que cada cual exponga, no sólomente doctrinas diversas y contrarias, sino tan absurdas y reñidas con la lógica y el buen sentido, que solo la insania

de los tiempos puede tener por verdaderas. Así únicamente se explica que puedan pasar por verdades todos los errores cuyas raíces están "soterradas en lo incompleto del entendimiento ó en lo torcido y perverso de la voluntad, en las lobregueces de la conciencia ó en las anticipaciones de la educación, en la intrusión del elemento externo en el mundo íntimo, ó, al contrario, en el desbordamiento enfermizo de la propia personalidad." (1)

No terminan aquí los errores de los nuevos principios pedagógicos. La civilización actual, con todo su séquito de progresos, inventos y costumbres, es hija del cristianismo. La nueva pedagogía no sólo trata de prescindir de él, sino que, como hemos dicho al hablar de la ciencia anticristiana, procura destruirle sin reparar en los medios que á ello conducen. Según la teoría de La Place, nuestro sistema planetario fué un tiempo una nebulosa; después una masa líquida é incandescente, sometida á un movimiento de rotación, por virtud del cual, se desprendieron pedazos de masa, dotados de movimientos resultantes de las fuerzas que actúan sobre el sistema. Supongamos por un momento que, por una causa cualquiera bastante poderosa, ese núcleo central que llamamos sol, de cuya masa se formaron los planetas, y cuya atracción mantiene en equilibrio todo el sistema, se hubiera aniquilado: ¿quién podría imaginar, y mucho menos describir, el desorden en que quedaría sumido ese cielo, que es la admiración de los ignorantes no menos que de los sabios? Esta es la representación viva de lo que trata de producir insensata la nueva pedagogía. La nebulosa de La Place son los grandes principios del cristianismo de los que se han originado esos hermosos astros de todo gé-

(1) Menéndez y Pelayo, *Crítica literaria*.



nero de instituciones, ideas, inventos y progresos en las ciencias, artes y costumbres, que son el ornamento del cielo de nuestra civilización. Ahora bien, destruída la idea cristiana, desterrada de la educación científica, artística y social del género humano la finalidad de esa gran civilización ¿nos extrañaremos del desequilibrio que lamentamos en todos los órdenes, y del que no hemos hecho sino indicaciones ligerísimas? Lo hemos visto—y así tenía que suceder—: ese desequilibrio raya ya en verdadera y ciega demencia, y lleva á todo correr á la confusión, al caos y á la destrucción de toda vida, tanto científica y artística, como individual y social.

Voy á terminar. Hemos visto que el mal tiene gran extensión y raíces muy profundas. En ese pugilato de *ciencia*, en el que se da el premio á la doctrina más anómala y más disparatada, el hombre queda reducido á un animal cuyo fin se desconoce, ó se afirma que es la descomposición material. El hombre es una fiera, su estado natural el salvajismo: puede hacer de sí lo que quiera, de sus semejantes lo que pueda. El derecho queda reducido á la fuerza, la política á la anarquía. Dios no existe, ó, si existe, es una incógnita que no se ocupa del hombre; el hombre no tiene por qué ocuparse de Él: la religión es cosa de espíritus apocados y débiles. La sociedad queda “sin autoridad, la autoridad sin fuerza, lo de arriba sin Dios, lo de abajo sin nada que aliente, la moral sin tipo, la virtud sin objeto, el malo sin temor, el bueno sin esperanza, el rico sin freno, el pobre sin amparo, el derecho sin sentido, la ley sin sanción, y como fin de todo la muerte y como fin de la muerte la nada...” (1).

(1) Campoamor, *El idelismo*.

La ciencia está sin fundamento, la ética sin base y la estética sin guía. Es verdad que hoy estamos en posesión de muchos descubrimientos, pero no se dirigen á un recto fin. Es cierto que las ciencias son cultivadas, como exclusivo objeto, por mayor número; pero de una manera fragmentaria, sin ideal y convirtiéndolas muchas veces en arma contra la verdad. Las artes están en manos de unos pocos que ejercen perniciosa influencia: ésta de las artes, es la manifestación más completa de toda la miseria, degeneración y desequilibrio de nuestra época.

Materia, fuerza y la llamada ley de evolución: he aquí lo único que quiere dejar en pié la ciencia contemporánea. La materia no sabe lo que es, desconoce la esencia de la fuerza y la llamada ley de evolución es la que afirma nuestra disolución en la materia. ¿Qué es, pues, el mundo? “Si así fuese, no habría Providencia, no habría Dios; el mundo sería una serie de fenómenos incomprensibles; una evolución perenne de acontecimientos sin objeto; una fatalidad ciega que seguiría su camino por las inmensidades del espacio y del tiempo, sin origen, sin objeto, sin fin, sin conciencia de sí propio; un ser misterioso que arrojaría de su seno infinidad de seres con inteligencia, con voluntad, con amor y con inmensos deseos; y que luego los absorbería de nuevo en sus abismos, como una sima que traga en sus profundidades tenebrosas, los plateados y resplandecientes lienzos de una vistosa cascada,” (1). Entonces la vida sería un absurdo “donde se han reservado para el ser más noble, para el ser inteligente y libre, mayor cúmulo de males sin compensación ninguna; donde se han reunido en síntesis todas las con-

(1) Balmes, *Filosofía*.



tradiciones: deseo de luz y eternas tinieblas; expansión ilimitada y silencio eterno; apego á la vida y muerte absoluta; amor al bien, á lo bello, á lo grande, y el destino á la nada; esperanzas sin fin, y por dicha final un puñado de polvo dispersado por el viento,, (1).

Ahora bien, esto no puede ser así: la ciencia que lo enseña es una mentira; no es la ciencia de un ser inteligente. Esta ciencia no conduce á la región de la civilización y del progreso, sino á la obscura mansión de la barbarie, al fondo de las selvas donde habitaban los *nobles progenitores* que á esa ciencia novísima se la antoja ser los del hombre.

El remedio se impone y se impone con urgencia: es necesario volver la *ciencia* á los grandes principios que olvidó una secta impía y una razón orgullosa: hay que devolver á la pedagogía aquellos grandes ideales de que la despojó una ciencia desenfrenada. La ciencia debe volver á la verdadera Filosofía, á una Filosofía alumbrada y guiada por la luz esplendorosa de la fe, sin la cual la pobre razón—como lo demuestra elocuentemente la historia del espíritu humano—no ha hecho más que dar tropiezos lamentables; debe tornar á una Metafísica que esté bajo el imperio de la Teología: sin la cual, dice Comte, falta la base á la moral (2); debe volver—como enseñó el magisterio infalible de la verdad (3)—á aquella admirable Filosofía Escolástica “sistema completo que tiene para todas las objeciones respuestas lógicamente encadenadas,, como dice Hartmann (4): testimonio que no pueden rechazar los superhombres contemporáneos.

(1) Ibid.

(2) F. P., VI. 555.

(3) Enciclica *Aeterni Patris*.

(4) *La religión del porvenir*.

Con ella está descubierto el verdadero fundamento de la ciencia, la base de la moral y la guía del arte. Con ella todas las manifestaciones intelectuales marchan ordenadas, prestándose mutuo apoyo, presentándose como medios y no como fines, vivificándose al calor del ideal. Entonces el misterio de la vida, de ese algo que comenzó y no era, que acabará y no será, diremos, parodiando palabras del gran pedagogo español; de ese relámpago entre dos obscuridades eternas; de ese soplo, ese aire, ese ruido, ese vuelo, esa bala que, cruzando el espacio, cae en tierra y allí se esconde y calla, se aclara y se descubre. Entonces la vida se presenta como “una prueba y prueba continua del valor del sér humano,,. “Es la vida un elemento que vivifica la materia, es el alma una vida que une el mundo de los cuerpos con el de los espíritus, y es la vida del hombre la vida noble de un sér inteligente, que aspira á ser rey, el único sér que en este mundo sublunar sostiene las ideas de verdad, justicia, orden, libertad y responsabilidad,, (1).

He aquí la verdadera ciencia y la pedagogía efectiva y fructífera: sin ellas caminamos, tan ciegos como culpables, en pos de todos los errores y de todos los extravíos que desgraciadamente van aclimatándose en el orden intelectual.

Quisiera, solo por un momento, que mi voz resonara cual eco de vuestra voz, insignes maestros de esta Escuela. Quisiera que la edad, el saber y el prestigio que os acompañan, fueran los títulos necesarios para confirmar con la sugestión del magisterio los raciocinios de la investigación científica. Sí, la sugestión del bien, ante vosotros, jóvenes alumnos, para contrarres-

(1) Andrés Manjón, *Hojas del Ave Maria*.



tar esa otra sugestión que, fomentando la juvenil tendencia á admirar y á imitar, fácilmente os lleva tras extravagancias *geniales* con que, en exhibición perpétua, se ansía atraer la atención y lograr el aplauso del vulgo intelectualista, que es el peor y más necio de los vulgos. Sugestión maléfica que arrastra á una no escasa parte de la juventud desatentada y ciega, contra verdades que no ha penetrado y hacia arrogantes negaciones dogmáticas de presumidos y desalmados sofistas limpios del saber antiguo, ó, lo que es peor, barnizados de él por segunda y aun tercera mano, tan mal intencionada como torpe. Saber sustituido con el retoricismo hueco de relumbrones de talco, vestidura de inopias intelectuales y de los mayores absurdos, ruín instrumento minador de la fe y de la autoridad. Su obra es manifiesta: comenzando por negar la autoridad divina, se concluye por execrar las que presumen surgir de la *soberana voluntad* del pueblo, ya tan aborrecidas como la de Dios por ácratas, libertarios é *irredentos*. Mas, aunque no están los tiempos para ilusiones optimistas, no puedo inferiros el ultraje de que habeis de rendiros á las lisonjas, á las ofertas, á los dones de que *está llena la mano de los iníquos*: tengo más firme confianza en la honradez y hasta en la poesía, que son como ingénitas en almas juveniles; y en que Dios os defenderá con especial providencia, para que en vuestro entendimiento no se vuelque el ara de la fe, ni se extinga en vuestro corazón el culto á las gloriosas tradiciones de la Patria y de la Escuela.

HE DICHO.

X640879232

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



640184694X





VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES